

La Ilustración Artística

Año XXXIII

← BARCELONA 23 DE NOVIEMBRE DE 1914 →

Núm. 1.717



Estatua del Excmo. Sr. D. José Canalejas

destinada al monumento que ha de erigirse a este ilustre estadista en Alicante. Obra de Vicente Bañuls, fundida en bronce en los talleres de M. Ballarín, de Barcelona. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)



Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Siempre fugitiva!*, por A. Escamilla Rodríguez. — *La guerra europea*. — *Por casar a su hija* (novela ilustrada; continuación). — *Madrid. Estreno de «Los semidioses»*. — *Estatua recientemente descubierta en Roma*. — *Un cuadro de Lachman*. — *Melilla. Costumbres moras. Casamiento del hijo de un moro notable*.

Grabados. — *Estatua del Excmo. Sr. D. José Canalejas*, obra de Vicente Bañuls. — Dibujo de Carlos Vázquez, que ilustra el cuento *Siempre fugitiva!* — *Cabiza de estudio*, cuadro de J. Brull. — *Horrores de la guerra*, dibujo de A. Mas y Fondevila. — *La guerra europea. Vista general de Tsing-Tao*. — *El asedio de Tsing-Tao*. — *Dama de la Cruz Roja japonesa*. — *Mapa del Canal de la Mancha, del Paso de Calais y de los territorios costeros de Inglaterra y Francia*. — *Un mortero francés de 270*. — *En los hospitales de Berlín*. — *Barracas transportables de la Cruz Roja alemana*. — *El mecánico alemán Luickhard*. — *Vista general de Jafa*. — *Damas de la Cruz Roja y sanitarios alemanes*. — *Las tristezas de la guerra*. — *En la línea de batalla*. — *Batería de artillería*. — *En París*. — *Madrid. Estreno de «Los semidioses»*. — *Estatua recientemente descubierta en Roma*. — *Barco de pesca*, cuadro de Harry B. Lachman. — *Melilla. Costumbres moras. Casamiento del hijo de un moro notable*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Una figura que se destaca en la situación actual, no sé si con relieve mayor que ninguna otra, es el odiado, adorado, discutido, aclamado joven y determinado Kronprinz.

En este mozo ven muchos el eje de la guerra hasta su causa determinante. Claro es que se engañan; porque la guerra no estalló porque un muchacho, hirviendo en deseos de jugar a los soldaditos, haya manifestado, por cierto con desaprobación de su padre, tales ansias, en un banquete de oficiales, y supongo que en conversaciones privadas con sus amigos, y acaso en semiindiscreciones de entrevistas con algún periodista de altura (pues otros no llegarían hasta él). Es más; la guerra tampoco se declaró por voluntad de Alemania, a pesar de los preparativos que tenía hechos la nación, y bien se ve ahora cómo eran de formidables y complicados. Sin duda fué Inglaterra la que prendió fuego a la mecha, con disimulo, pero con seguridad. Que el Kronprinz tuviese un alegrón, no lo discutamos.

En el Kronprinz, sin embargo, tiene puesta su fe legendaria Alemania entera. La significación del heredero es la popular, la definitiva, la que ha de dar a los alemanes la supremacía en el mundo, o les ha de reducir a ser una nación sajona más, de escaso círculo de influencia, como Noruega o Dinamarca.

Así, en el Sigfrido imperial han cifrado sus ilusiones, han concentrado su cariño y su esperanza. Siempre la juventud encierra promesas, es el capullo y en el capullo se sueña la flor más hermosa y lozana. Y he ahí cómo el Kronprinz, antes de reinar, hallándose su padre animoso y fuerte, ha venido a aventajarse en el amor de su pueblo.

Por lo mismo que es el ídolo de los germanos, es el coco de los francófilos, que cada día le inventan un infundio. Acaban ahora de darle por muerto, y es más, por enterrado.

Así le quisieran. Pero él continúa fuerte y duro a la fatiga, con su delgado corpezuelo de acero; su cara casi femenil, sin rasgos acentuados, de ojos fríos. Si triunfan sus tropas contra el mundo entero (porque esto es lo que ocurre en la presente contienda; un pueblo solo cercado de otros que le acometen, cual jabalí entre alanos), ¡cuál será el gozo del héroe niño! Entrará en el porvenir con una aureola... si antes los augurios y los hados no han promulgado un funesto decreto, y esa existencia, alrededor de la cual giran tantos intereses, no ha sido cortada — pues es alarmante ya el número de príncipes que en la contienda han dejado, como los héroes de Homero, la dulce vida...

Es alarmante y también es honroso. En medio de los inventos formidables y las modificaciones que la ciencia ha traído al arte de combatir, no puedo desechar las ideas tradicionales, y sigo creyendo que con las tropas y a su frente deben ir los jefes de hombres, los monarcas, los príncipes de la sangre, las cabezas de los pueblos. Y así sucede, en efecto, al menos en Alemania. La casa real inglesa ha dado contingente (dígalos el malogrado Mauricio de Battenberg); pero el rey de Inglaterra sigue resguardando su Graciosa Majestad entre las nieblas del Támesis. ¿Qué enigma velan los tules cenicien-

tos que envuelven a la gran metrópoli? ¿Servirán de rebozo a los zepelines, cuando su formidable escuadra voladora se sitúe encima de los Palacios y de San Pablo y del Parlamento y de la Torre Histórica, poblada de fantasmas sangrientos, y destruya la ciudad?

Es el problema que trae preocupados a todos, porque es el secreto de Alemania, y el secreto del destino. El día en que los formidables pájaros de guerra digan su última palabra, tal vez será igualmente el último de esa lucha, espantosa, sobre todo por su duración. Y se espera la intervención de los zepelines, para que señalen el término de la angustiosa pesadilla.

El mundo entero parece haber suspendido la respiración aguardando lo que venga... Y lo que viene son combates tras de combates, carnicerías tras de carnicerías...

He oído a una señora exclamar, con los ojos dilatados de terror:

— Pero, al final, ¿quedarán todavía hombres en el mundo?

Hasta hay quien supone que habrán de repetirse las escenas cómicas del Paraguay, donde, según fama, por las calles, las mujeres, en pos de la despooblación que originaron largas y cruentas guerras, detenían a los varones, pidiéndoles, como favor singular, que las tomasen por esposas, o cosas peores...

Lo que se prepara, lo que deviene, tras de los inauditos sucesos y choques actuales, no lo sabe nadie, nadie lo puede conjeturar. Pero será, de cierto, un cambio radical. Todo variará (además del mapa).

Entretanto, España, algo cansada su siempre fugaz atención, no desearía cosa mejor que desviarse de la guerra, distraerse con otros temas y otras preocupaciones. Y no lo consigue. Todo cuanto sucede, no resuena: parece que, excepto para las noticias de la lucha, hay un fondo acolchado, que ahoga hasta los rumores. Las Cortes están abiertas; apenas si presta oído a sus deliberaciones el país. No faltan asesinatos ni corridas de toros; nadie, sin embargo, se ocupa de todo ello. Los teatros tampoco logran que se discutan ni se jaleen las obras que estrenan. Los escritores apenas publican. Si publicasen, no se les leería mucho. Dijérase que las letras han dejado de ser una necesidad social y son apenas un lujo, un accesorio más o menos bello.

La literatura, generalmente, adquiere, después de las guerras, nuevo desenvolvimiento; toma vuelo, se renueva y remozca. Así sucedió pasada la época tumultuosa del Imperio; nadie ignora cuánto contribuyó al advenimiento del romanticismo. La literatura, en general, no precede, sino que sigue, a los magnos fenómenos sociales, nuestro siglo de oro literario vino después de las extraordinarias irradiaciones de nuestro siglo de oro guerrero, reconquistador y descubridor.

¿Qué traerá a las letras la enorme convulsión que estamos presenciando? (es un modo de decir).

No ha aguardado, sin embargo, esta vez la literatura, para responder a la transformación social, a que el conflicto se desencadene. Desde hace tiempo presenta síntomas de relación con los presentes sucesos. Le notábamos, y no con regocijo, los que seguimos sus evoluciones, con ansias de vigías y con inquietud de pasajeros en barco que corre peligro. A la caída del naturalismo realista, que tuvo en España tan ilustres representantes, siguió el neoidealismo decadentista, de suyo deleznable; y sobrevino, especialmente en la novela, una literatura que no puede tener en España intérpretes muy caracterizados, porque no responde ni a nuestro modo de ser actual ni al tradicional. Esta literatura es la que pone en juego la actividad humana para la conquista del dinero, en una o en otra forma, lícita o ilícita. Esta literatura prescinde de los afectos del alma; no estudia los desórdenes de la pasión; no otorga beligerancia al sentimiento; no va más allá de lo externo, de lo material; es casta, porque se escribe para países donde las *girls* y los *boys* forman el más denso contingente de lectores; es científica porque en la ciencia, en la cual creyeron los de una generación atrás encontrar explicación en lo desconocido del Universo, los de la generación siguiente ven un medio de construir máquinas de fuerza inaudita y cañones de alcance jamás visto; y es dramática, porque toma el drama escueto, sin interesarnos por sus móviles psicológicos. Y esta literatura (aunque no

quiera y reniegue de su verdadero padre, desdeñándolo por candoroso) procede en línea recta de Julio Verne, que valía más que todos los de ahora. Es la literatura de viajes, de trenes y navíos, de *detectives*, ladrones y policías; toma por escenario el aeroplano, el fondo de la mina, las terrazas del rascacielos. Su expresión más típica la veo en *El Túnel*, de Kellermann, novela que ha conseguido ediciones a manta de Dios, traducciones a todos los idiomas, y hace las delicias del pueblo norteamericano. Yo, dentro del género, prefiero los viajes submarinos y al centro de la tierra, del buen Julio.

La nueva fórmula literaria, expresión de la universal tendencia a ganar oro, me hace reflexionar, pensando en lo que se ha escrito acerca de nosotros, y las virtuosas indignaciones que hemos tenido que sufrir, por nuestras campañas al través de América recién descubierta, y en las cuales, digan lo que digan los indignados, no buscábamos solamente el oro, sino otras muchas cosas, algunas de un orden enteramente espiritual e idealista. Transcurridos desde el siglo XVI cuatro más, y después de habernos puesto como hoja de perejil, porque realizamos la gran picardía que otras naciones rababan por no haber realizado, de descubrir, conquistar y civilizar a estilo de blancos tan vastas y pobladas regiones, cuando ya fué cosa acordada que no éramos más que unos aventureros codiciosos, y sólo conseguimos trocar por sartas de cuentas y abalorios oro virgen; que además no teníamos entrañas; que no dejamos títere con cabeza y nos comimos a los niños crudos — cádate que un buen día (¡galicismo atroz!) las naciones más cultas de Europa se enzarzan en la guerra comercial, del dinero, y buscan el triunfo sobre hacinamientos de carne humana sangrienta y palpitante y destrozada y retorciéndose de dolor, y todas sus fuerzas se concentran en lograr vender sus marcas y hundir las marcas del enemigo; y las letras, que han anunciado por esta vez el fenómeno social, no conocen más asuntos que los relacionados con los modos de adquirir y los de traficar y los de destruirse!

Si no temiese que supongan en mí intento de paradoja, diría que lo mejor que hicieron en América nuestros aventureros gloriosísimos, fué eso que se les reprocha tanto: recoger oro. Porque justamente la raza ha sido, en conjunto, indiferente a la ganancia material, y poco dada a las disciplinas comerciales e industriales. Y si bien el recoger oro en su forma tangible, en barras, tejuelos, lingotes y cadenas, no es lo mismo que comerciar, y hasta puede parecer lo contrario, al fin era un poco de sentido práctico el que podía entrarles en las venas y en la mente a nuestros luchadores, al intentar traerse a Castilla un pequeño peculio, salvar de la miseria a la dueña pálida que en el solar hidalgo, sola y silenciosa, trabajaba en su dechado esperando la vuelta del que pasó a las Indias con el señor Hernando Cortés o el señor Francisco Pizarro...

¿Qué mucho, si algo esperasen y se prometiesen unos voluntarios que no cobraban paga alguna, e iban a exponerse, no sólo a los naturales riesgos de toda guerra, sino a los muy extraños y singulares de ser comidos, de caer sacrificados en las aras de algún ídolo de espantable catadura? Y entonces no se había inventado la Cruz Roja, y los heridos se curaban con ensalmos y aceite. No se comía, o se comían yerbas, muchos días seguidos. Era aquello cosa aparte, de la cual no dan idea las modernas peleas.

Y todavía nos andan armando camorra por unos dijecicos de oro, y quisieran que hubiésemos peleado, allá en los términos de Acolúa, con mil contemplaciones, exhortando y sin hacer daño a nadie...

¡Enteramente lo mismo que hoy alemanes, rusos, turcos, franceses, austriacos, ingleses, montenegrinos, servios, y se disponen a hacer boeres y afganes y egipcios y el diablo!..

¡Emplean unos medios tan humanitarios y dulces! ¡Abren de tal modo las ostras por la persuasión!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

¡SIEMPRE FUGITIVA! POR A. ESCAMILLA RODRÍGUEZ, dibujo de Carlos Vázquez

I

¿Te acuerdas? Solos en el balcón, es decir, solos no, porque entre los tallos escaladores de una enredadera que abría en la fresca sombra sus campanillas azules, moradas y de color carmín, una jaula dorada, ostentosa, jaula de reyes, encerraba a una pareja de canarios que se perseguía, se picoteaba suave, dulcemente, como besándose; nosotros, sin testigos indiscretos, locuaces, charlábamos y reíamos, haciendo proyectos para un porvenir que se nos aparecía lejano, muy lejano.

Tú tenías quince o dieciséis años; yo, pocos más. ¡Dichosa edad en la que no concedíamos importancia más que a nuestras entrevistas!

Un sol fuerte hería mis pupilas al refractarse en las paredes encaladas de las casas de enfrente; el aire embalsamado de los jardines jugaba con los rizos de oro de tus sienes y de tu cuello alabastrino; de cuando en cuando, con la cinta escarlata de tu lengua te humedecías los labios, rojos como la flor del granado. Dentro de mi pecho, igual que los canarios en su prisión, aleteaba mi alma, plena de un goce inefable. Nos queríamos. Tú eras mi virgencita immaculada, frágil, digna de ser puesta bajo un fanal; yo quizás fuera el quimérico príncipe de tus ensueños rosa. El mundo entero debía disfrutar con nosotros.

En la calle, mitad oscura, de una oscuridad anfractuosa, cortada a filo, sin penumbra, y mitad luz argéntea, brillantísima, cegadora, aparecieron los dos personajes: el bohemio cetrino, desmedrado, con gafas de anchos cristales negros, que arrastraba chirriantes las notas de su violín, y la gitani-lla, menuda, desvuelta, vivaracha, con sus pingajos salpicados de lentejuelas.

La gente se aglomeraba alrededor de la muchachita de grandes ojos, negros como una traición, de melena grasienta con moñitos sujetos por lazos multicolores, de rostro oval, curtido por el sol implacable de su errante vida. Era curioso el espectáculo. El gitano tocaba en su violín aires flamencos y la niña bailaba nerviosa, como epiléptica, esos bailes de su raza, mezcla de rápidas contorsiones en que el cuerpo parece desgonzado, y de espasmos y abandonos de una voluptuosidad oriental.

Unos reían y lanzaban sus puyas sangrientas contra aquella criatura grotescamente vestida, medio descalza, pues por entre el cañamo de la suela de sus alpargatas veíase la carne

de las plantas de los pies, y otros, compadeciéndola, secaban vergonzosos alguna furtiva lágrima y arrojaban al platillo, puesto en el suelo y en el centro del

- ¡Pobre niña! ¡Quién sabe lo que le está reservado!
- Y es guapa.
- Sí, sí; y graciosa. Pero enseñarle eso, es el más horrible de los ultrajes.

- Parece una muñeca barata.

- No; es un *biblot* fino, maltratado, profanado, si puede admitirse el adjetivo. Permíteme que te diga que de estas cosas del mundo tú sabes muy poco y resultas encantadora ignorando todo lo demás.

- ¡Miren el sabihondo!

- Sí; eso que llamamos el mundo se cuida exclusivamente de las envolturas agradables, bellas, aunque dentro no haya nada o haya algo que repugne. Y la cuestión batallona es que no desentonen en el conjunto. Su lema podía ser muy bien éste, harto expresivo: «Armonía de lo inarmónico.» En la superficie; nada más que en la superficie. Este aspecto grato a la vista, halagador, sugestivo, se exige, se impone; no se perdona.

- Quizás te sobre razón. Son muy pocas las personas que, resueltamente, sin vacilaciones, sin miedo, penetran en ese fondo.

- Como que en él hay de todo; con frecuencia, más malo que bueno. El bien es sólo una excepción...

- ¡Gracias!

- Déjame concluir, que aun no he terminado. En esa excepción figuran tus sentimientos, mi adorable polemista.

- No; si yo no discuto. Ahora que yo creo que de tal palo tal astilla, que en un mal árbol no puede madurar una buena fruta, y que dime con quién andas y te diré lo que eres.

- El ambiente en que uno se cría lo hace todo. Cierto. El crimen más horrible de que se puede acusar a la sociedad es el de no prevenir el peligro, el de no sustraernos a tiempo de ese ambiente vicioso, nocivo. Todos tenemos una natural tendencia al Bien.

- Comenzamos a estar en desacuerdo.

- ¿Acaso tú crees?..

- Que no tendemos al Bien absoluto, sino a un conjunto de satisfacciones egoístas que hemos convenido en llamar Bien, como podíamos denominarlo de otra manera.

- ¡Qué ideas tan espantosas!

- No hay por qué asustarse. Vamos a ver. ¿Para qué me quieres tanto, según dices? Para hacermé tuya. Para que mi inteligencia y mi voluntad se identifiquen con la inteligencia y la voluntad tuyas. Para robustecer estas tus facultades, anu-

lando las mías; haciendo que desaparezca mi personalidad.

- ¡Estás loca!



Su pecho jadeaba en aquellos retorcimientos musculares de la danza

corro, una moneda de cobre. Nos distraía mucho aquello e inspirábanos diálogos llenos de una filosofía platónica.

- No, porque yo accedo también por egoísmo. Yo sería feliz viéndome anulada, viviendo al calor de esa felicidad tuya. Egoísmo en ti; egoísmo en mí. Nuestro bien ideal, esa visión de nuestros ensueños, es altamente egoísta.

- Entonces el ejemplo nuestro estimulará a los demás, creará relaciones de dicha que, ramificándose, entrelazándose progresivamente, contribuirá con gran vigor a esa aspiración al Bien absoluto...

- Conformes; por motivo egoísta.

Y yo, vencido por tales argumentos, unía mis manos a las tuyas nacaradas, suavísimas, tiernas, mirando con envidia a los canarios que se besaban entre los tallos trepadores y florecidos de campanillas azules, moradas y de color carmín. Campanillas que para un poeta repiqueteaban a gloria.

II

Llegó el día por nosotros suspirado. Tuvo realidad aquella aspiración de algunos años. Benditos nuestros amores, formamos el hogar en que hoy vivimos descontentos por la modestia en que, con ímprobos trabajos, nos desenvolvemos, a pesar de que nuestro afecto arraigó más hondo.

Las frecuentes enfermedades de los niños nos tuvieron en zozobra constante, en mortal inquietud. ¡Fueron la difteria, los amagos de meningitis, la escarlatina! Tú no estás bien de salud; yo aparentemente disfruto de cierto vigor; mas... unas hebritas blancas entre mi pelo negro, lustroso, denuncian mis pesares y mis trabajos.

Las gentes suelen mirarnos con envidia; dicen que tú eres buena y que yo cumplo con fidelidad mis deberes. Nos tienen por felices. ¿Crees tú que lo somos?

- A ratos, sí.

- Es elocuentísima tu respuesta. A ratos..., ¡a ratos, nada más! Ahora, por ejemplo, yo llego a casa rendido, extenuado. Mi labor se aprecia poco y se paga menos. Sin embargo, tus brazos me reciben. Yo disfruto, cayendo en ellos. Eres hermosa y buena como un ángel; me das consuelo, alientos; disfrutamos dulce paz... ¡Ah!.. ¿Qué es eso?... ¿Quién grita?

Acudimos al pasillo. Se ha caído Jnanito y de su cabecita, llena de bucles rizados, fluye la sangre en abundancia.

- ¡Hijo mío!, exclamas.

Y te desplomas desmayada a la vista del rojo líquido que mancha mis manos. No sé adónde acudir. La situación es comprometida. ¡Qué poco duró nuestra quietud!

Abres al fin los ojos. Recojo al niño, después de cubrirle la herida con tafetán, y cuando me dispongo a salir, me detiene el chico del sastre, que ha traído dos veces una factura.

- Dile a tu maestro que ya iré yo por allí.

El muchacho me dirige una mirada insolente, procaz. Yo le hubiera hecho rodar por la escalera, y el que casi rueda soy yo, que salto los peldaños de cuatro en cuatro.

El médico no está en su casa. Regreso a la mía y en la puerta del piso un guardia municipal me entrega un recibo en que se me apremia para el pago del antipático impuesto de inquilinato, que no puedo excusar porque tengo un sueldo y unos muebles embargables. Bueno o malo, yo tengo que pagar todo lo que se me pide y mi trabajo se retribuye

menos que el del más torpe remendón. Esto me hace pensar mucho, me tortura el cerebro y me llena de amargura el corazón.

¡Somos muy honrados! ¡Con esto tenemos bastante! La familia, distanciada porque nada podemos darle y los pocos amigos que de tarde en tarde nos visitan, nos ofenden, compadeciéndonos, porque parecen decirnos:



Cabeza de estudio, cuadro de J. Brull. (De fotografía de F. Serra.)

A mí. - No eres vividor; no sirves.

A ti. - ¿Por qué te casaste con este hombre, que es bueno, pero no es rico ni sabe engañar?

Tú y yo nos ponemos de acuerdo con una mirada para contestarles con nuestro desprecio. No obstante, los años pasan, los niños van creciendo, nosotros envejecemos. El mal mina nuestros organismos y nuestra honradez sin mancha es el patrimonio que les dejamos para que continúen una vida de penalidades y de trabajo, como la nuestra. Vida de gentes honradas, sin doblez, dignas pero miserables, que la sociedad creará felices como nos cree a nosotros, que tan legítimos títulos tenemos para gozar, si triunfasen siempre los conceptos de orden, moralidad y justicia.

La felicidad huyó de nosotros. No quiso estar en nuestra casa, modesto nido de amor, más que unos ratos. ¿Será que le desagradan los pobres, los que no saben engañar? A juzgar por los indicios...

III

Era la función a beneficio de la tan aplaudida artista. En el escenario de un lindo teatro escogido por la aristocracia para pasar agradablemente las horas que siguen a la cena, halló marco adecuado a su figura esbelta, flexible, ondulante como una bayadera, la bailarina de raza gitana.

Sus grandes ojos negros, de brillo felino, fulgían en la obscuridad; su pecho, alto, fuerte, opulento,

jadeaba en aquellos retorcimientos musculares de la danza, a veces sagrada, como las de la pagoda, a ratos lúbrica, como las del harem, y siempre singular, extraña, atrayente. Las damas conocedoras de la vida, como las doncellitas apenas iniciadas en sus secretos, contemplaban con curiosa avidez el espectáculo para no perder ni ritmo, y en el silencio de la sala percibíase el crujir de la seda del traje de la danzarina, el choque de sus abalorios metálicos.

En palcos y butacas comenzaron los vagos rumores que preceden al aplauso unánime, franco, sin regateos.

La mujer era hermosa, rica, deslumbradora. ¡Ganaba quinientas pesetas por noche y su nombre adquiriría fama mundial! ¿Qué más podía apetecer? Cuando saludaba, sonreía a los plácemes de la concurrencia con muestras inequívocas de superma dicha. ¡Ser guapa, ser célebre, ser rica! ¡Todas sus aspiraciones convertidas en realidad!

- ¿Te acuerdas de la gitanilla menuda, desenvuelta, vivaracha, con sus pingajos salpicados de lentejuelas, que mirábamos desde el balcón de tu casa, allá en aquellos días pretéritos en que muy jóvenes ambos, casi niños, enamorados como bobos, charlábamos y reíamos haciendo proyectos para el futuro de entonces, hoy presente? ¿Sí? Pues es esa que ves sobre el tablado convertida en el ídolo de los públicos selectos. ¡Qué orgullo sentiría el gitano del violín si una puñalada no le hubiese dejado sin vida en un tortuoso camino de la Alpujarra!

- ¡O quién sabe si la muerte del gitano la favoreció! Si con él continuaría siendo la artista de baja estofa que conocimos.

- ¡Es verdad!

- Entonces era una desdichada; hoy, ya lo ves, irradia felicidad.

- ¡Siempre esa palabra!

Penetró en el cuarto de la bailarina para significarle la parte que tomaba en su satisfacción por el triunfo.

La encontré sentada en un diván. Recibía con gozo las lisonjas de los vocingleros del éxito que a él acuden como moscas a un panal. Para todos tenía una frase que se comentaba como un chispazo de gracia andaluza, aunque a veces fuese discutible su ingenio y siempre fuese notorio su desenfado. Aquel desfile cesó y nos quedamos solos la artista y yo.

- ¡Cuánto habrá soñado usted con estos momentos de glorificación de su arte!

- ¡Ay, sí, señor! ¡Pa qué negarlo! He soñado despierta muchos años.

- De modo que será usted completamente feliz.

- ¡Tanto como eso!..

Y la bailarina bajó la vista meditando un rato.

- ¡Cómo! ¿No es usted feliz? Pues la gente se lo cree.

- La gente pué creé lo que se l'antoje. Pero no lo soy; no, señor. Tengo salud, dinero y aplausos, pero me farta lo prinsipá... Me farta... er cariño d'un hombre ar que dí er mío entero, enterito, pa que lo despresiará. Mi mare está enferma y pa lo visio de mi pare to es poco.

Ya lo ves, mujercita mía. Las apariencias engañan frecuentemente. Ni la gitana ni nosotros somos felices más que a ratos, como antes dijiste.

La Felicidad va fugitiva..., fugitiva, sin parar casi nada en un punto de la redondez de la tierra. ¡Loca, más que loca! ¡Parece que teme hacer el Bien!



HORRORES DE LA GUERRA, dibujo de A. Mas y Fondevila

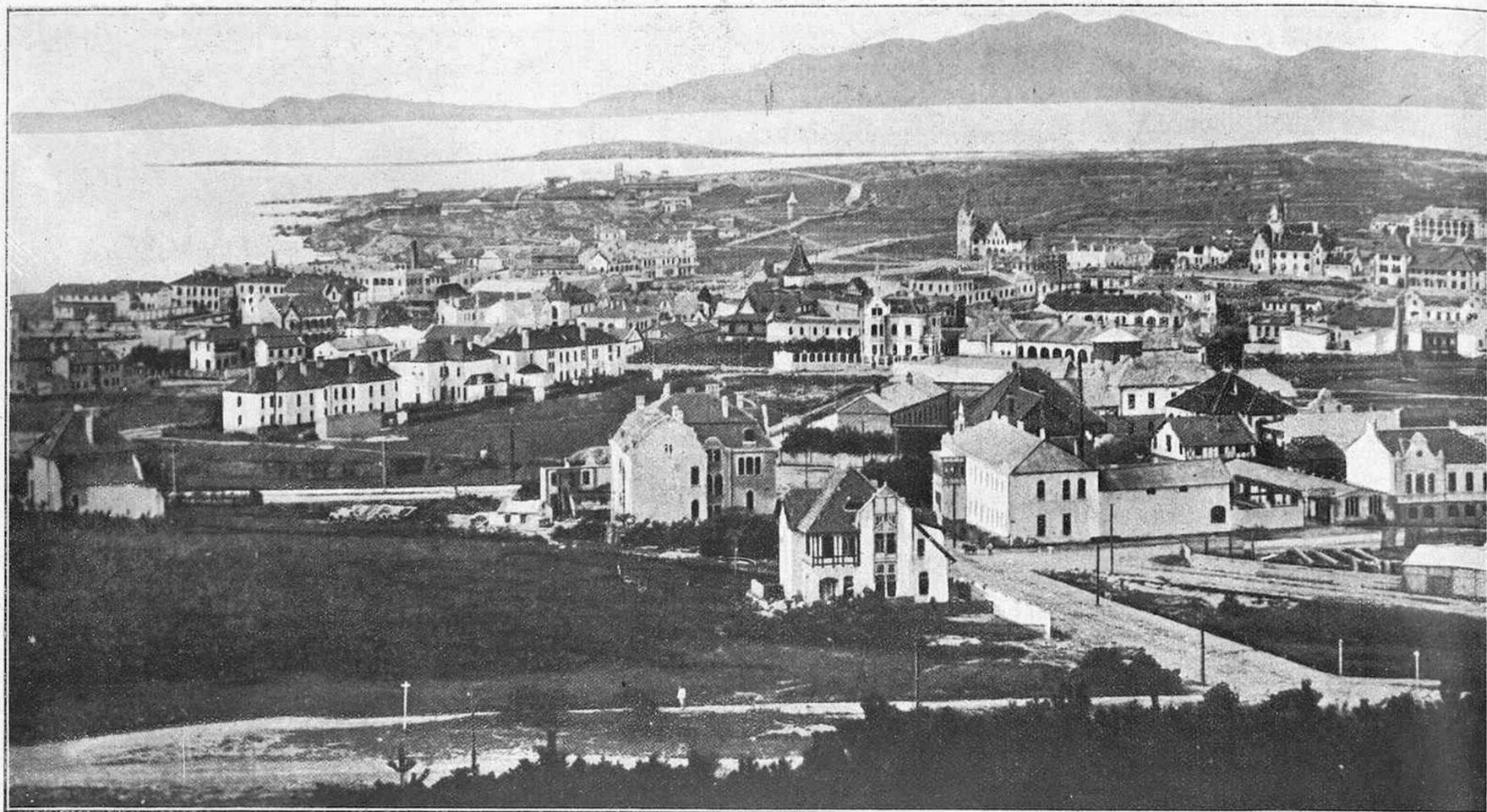
Aproximase el enemigo, que victoriosamente avanza, y el pequeño pueblo cuenta sólo con escaso número de soldados que se aperciben a la defensa. El resultado de la lucha no es dudoso: aquellos pocos hombres tendrán que sucumbir ante la superioridad aplastante del adversario. Pero ¡no importa! Cumplirán con su deber como buenos; y si el invasor logra hollar con su planta aquel pedazo de patria, no será sin pasar por encima de los cadáveres de sus defensores y sin haber pagado caro su triunfo.

En el entretanto, los habitantes del pueblo atacado huyen, presa de terror pánico; y huyen sin saber adónde, impulsados únicamente por el instinto de conservación, por el miedo y el

odio a los aborrecidos invasores, quizás por no ver cómo éstos profanan la intimidad de sus hogares.

De los fugitivos, uno ha caído herido de muerte, víctima inocente de la cruel y espantosa lucha; y junto a su cadáver, su hija, en un gesto trágico, sin lágrimas, pero con la desolación pintada en el rostro, parece lanzar una maldición sobre los hombres que, olvidados de todo sentimiento cristiano, se matan fieramente en una guerra de exterminio que llena el mundo entero de lutos y ruinas y deja tantos hogares sin amparo y a tantos seres en la más triste orfandad.

LA GUERRA EUROPEA



Vista general de la ciudad de Tsing-Tao, capital del territorio alemán de Kiao-Chao (China), que se ha rendido después de resistir heroicamente durante dos meses el bombardeo y los ataques de la escuadra y del ejército japoneses. (De fotografía de Rol.)

En el Norte de Francia y en el Sur de Bélgica, es decir, en la región comprendida entre Nieuport y el río Lys, continúa la serie de combates iniciados hace algunas semanas y proseguidos sin interrupción; y a pesar de ello apenas se han modificado las líneas

Nieuport, defendido sólidamente. «Dixmude, añade, cañoneada desde hace mucho tiempo, no era ya más que un montón de ruinas donde se hacía imposible sostener a las tropas para lanzarlas al avance.»

Yprés, fué atacada por considerables fuerzas ale-

lla izquierda del canal del Iser que todavía ocupaban.

Las lluvias, y las inundaciones provocadas por los aliados han sido obstáculos poderosos al avance de los alemanes, quienes han bombardeado recientemente Armentieres, causando graves daños a esta ciudad.

Según noticias procedentes de Londres, el total de las bajas experimentadas por aliados y alemanes en los combates librados entre el Lys y el Iser hasta



El asedio de Tsing-Tao. Soldados japoneses atacando una posición fortificada. (Fot. Berliner Illustrations-Gesellschaft.)

que ocupan los aliados y los alemanes. El único suceso de relativa importancia ocurrido en aquel teatro de operaciones ha sido la toma de Dixmude por los alemanes, que se apoderaron de aquella ciudad por asalto y después de una lucha encarnizada, en la que hubo numerosas bajas por ambas partes.

Refiriéndose a la toma de aquella plaza, el diario *Le Temps* dice que es un hecho lamentable, pero del cual no deben temerse las consecuencias, puesto que la línea de los aliados no ha sido cortada y que el enemigo está detenido ante el canal de Yprés a

manas, que al fin lograron entrar en ella; pero su triunfo duró poco, porque los aliados no tardaron en arrojarlos de allí en un violentísimo ataque a la bayoneta.

También han ocupado los alemanes La Bassée, desde donde bombardearon Bethune.

Aparte de estos éxitos, todos los demás avances intentados por los alemanes han sido rechazados por los aliados, que en algunos puntos han realizado considerables progresos y han conseguido finalmente hacer evacuar por los alemanes la parte de la ori-



Dama de la Cruz Roja japonesa

(De fotografía de Berliner Illustrations-Gesellschaft.)

mediados de este mes alcanzaba la enorme cifra de 170.000 hombres.



Mapa del Canal de la Mancha, del Paso de Calais y de los territorios costeros de Inglaterra y Francia. En estos últimos se ven perfectamente los lugares en donde actualmente alcanzan su mayor intensidad las operaciones militares.

En el resto de la línea, es decir, en el centro y en el ala derecha, no ha ocurrido ningún suceso importante; la lucha es allí mucho menos violenta que en el ala izquierda, sobre todo en su extremo, y si los aliados realizan algunos progresos y toman algunas posiciones en unos sitios, lo mismo hacen en otros los alemanes.

Vuelve a reinar gran confusión respecto al teatro de la guerra oriental, a causa de la contradicción entre las noticias que de allí nos llegan. Veamos lo que dicen los rusos: que han pasado la frontera de la Prusia oriental, destruyendo dos puentes del ferrocarril y apoderándose de Soldau; que han ocupado Johannisburg; que avanzan rápidamente por Rominten, más hacia el Sur; que los alemanes, en retirada, han ocupado los desfiladeros de la región de los famosos lagos de Mazuren con artillería gruesa para impedir el avance de los rusos, lo que no ha sido obstáculo para que éstos se apoderasen de las salidas de la parte oriental de esos lagos; que han pasado el Wartha en persecución de los alemanes; y que han restablecido el sitio de Przemysl. Y a su vez los alemanes afirman: que en el río Wartha han derrotado completamente a los rusos; que han rechazado un importante ataque de éstos al Norte de Lods, haciéndoles 4.000 prisione-

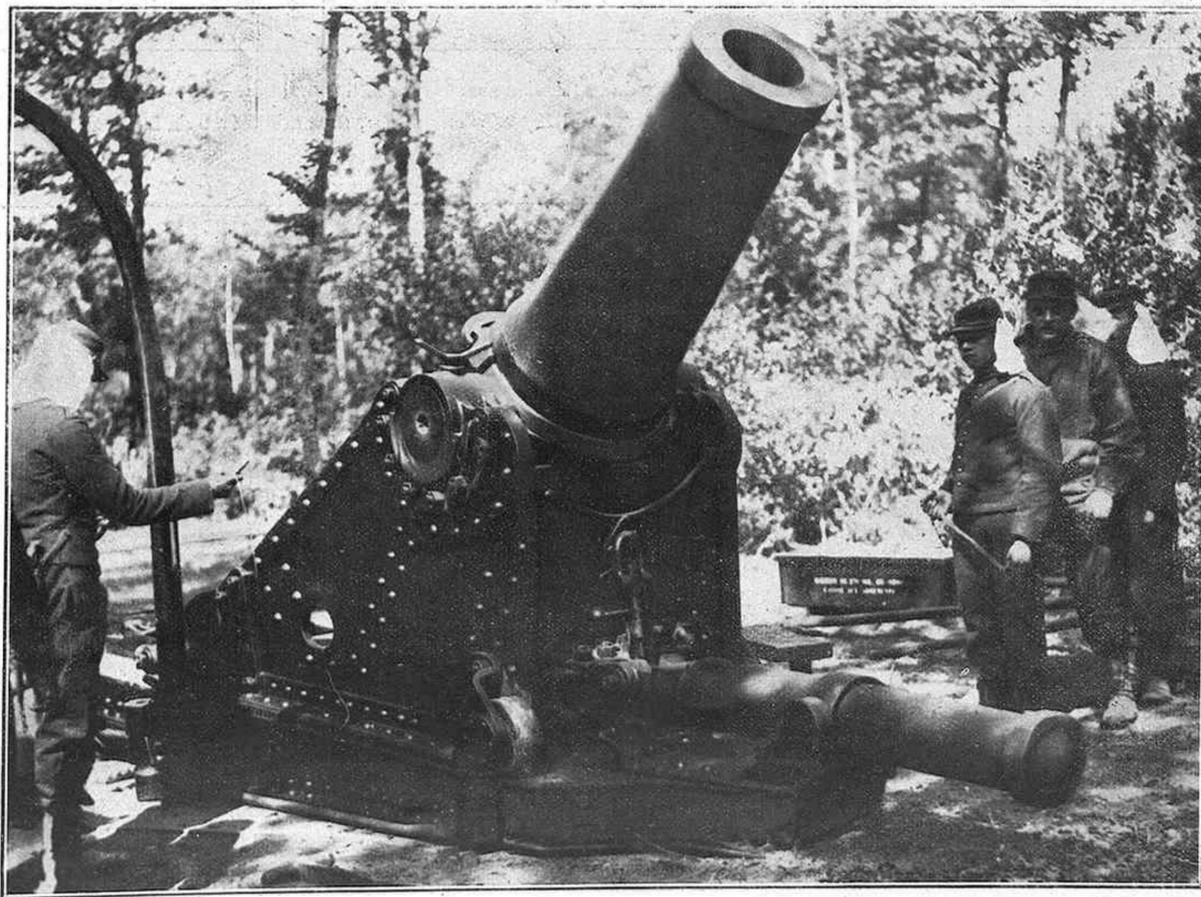
ros y tomándoles 12 ametralladoras; que han derrotado en la Polonia rusa un cuerpo de ejército enemigo, y rechazado fuerzas rusas importantes en Soldau y Stallupönen, en la Prusia oriental; que los austriacos han ganado algunos combates entre los

alemanes fuerzas de caballería rusa muy superiores, con numerosas bajas.

En la lucha contra los serbios, la suerte continúa favoreciendo a los austriacos, quienes han obtenido una gran victoria en la línea de Chabats-Losnitza, haciendo muchos prisioneros y cogiendo numerosos cañones, ametralladoras y trenes de municiones, y persiguiendo al enemigo sobre Valjevo. Los serbios, según comunican ellos mismos en telegrama oficial, han tenido que replegarse gradualmente hasta poder aceptar el combate en condiciones más favorables, evacuando algunas poblaciones importantes.

Según comunicado oficial turco, el ejército otomano concentrado en el Cáucaso ha tomado la ofensiva en toda la línea, habiendo vencido en Kepru-Keuy al ejército ruso, que se retiró en desorden con más de 8.000 bajas y pérdida de 10 mil fusiles y gran cantidad de municiones. Los turcos han pasado también la frontera egipcia y ocupado varias posiciones fronterizas, entre ellas Scheikzar y el fuerte Ariak.

Los rusos, en cambio, afirman que han penetrado unos 30 kilómetros dentro del territorio turco y han rechazado a algunos regimientos kurdos que intentaban entrar en territorio ruso.



Un mortero francés de 270. (De fotografía de Branger.)

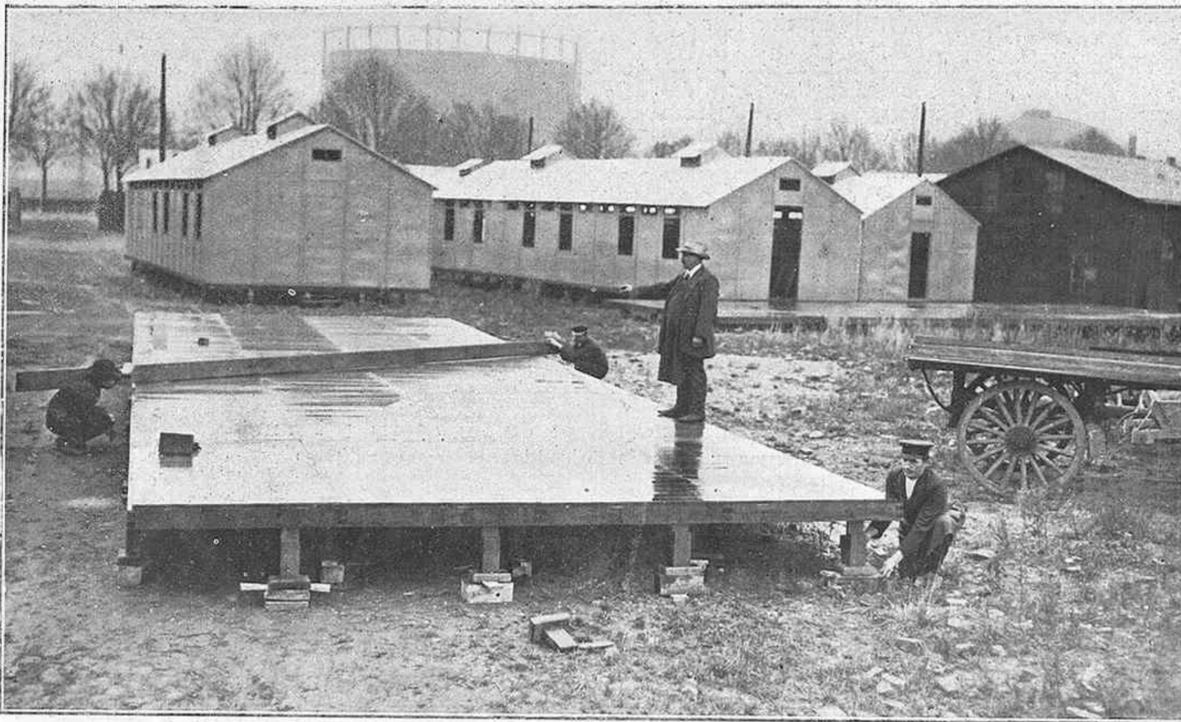
ros Dniester y Pruth; que en Gernowitz (Galicia) los rusos fueron sorprendidos por los austriacos y sufrieron grandes pérdidas; y que al Este de Kalisch (Polonia rusa) fueron rechazadas por la caballería

bio, afirman que han penetrado unos 30 kilómetros dentro del territorio turco y han rechazado a algunos regimientos kurdos que intentaban entrar en territorio ruso.

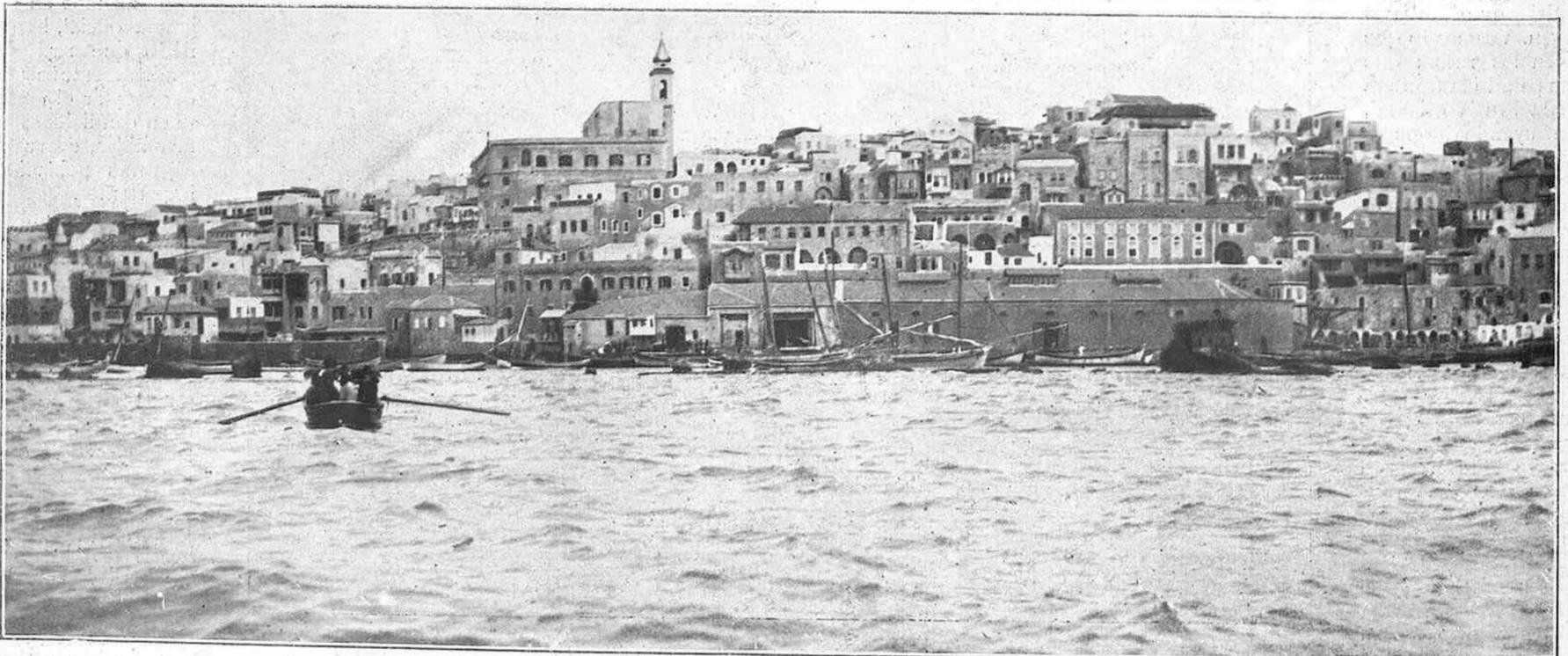
Los rusos, en cambio, afirman que han penetrado unos 30 kilómetros dentro del territorio turco y han rechazado a algunos regimientos kurdos que intentaban entrar en territorio ruso.



En los hospitales de Berlín. - Heridos convalecientes haciendo música. - Heridos jugando a los naipes



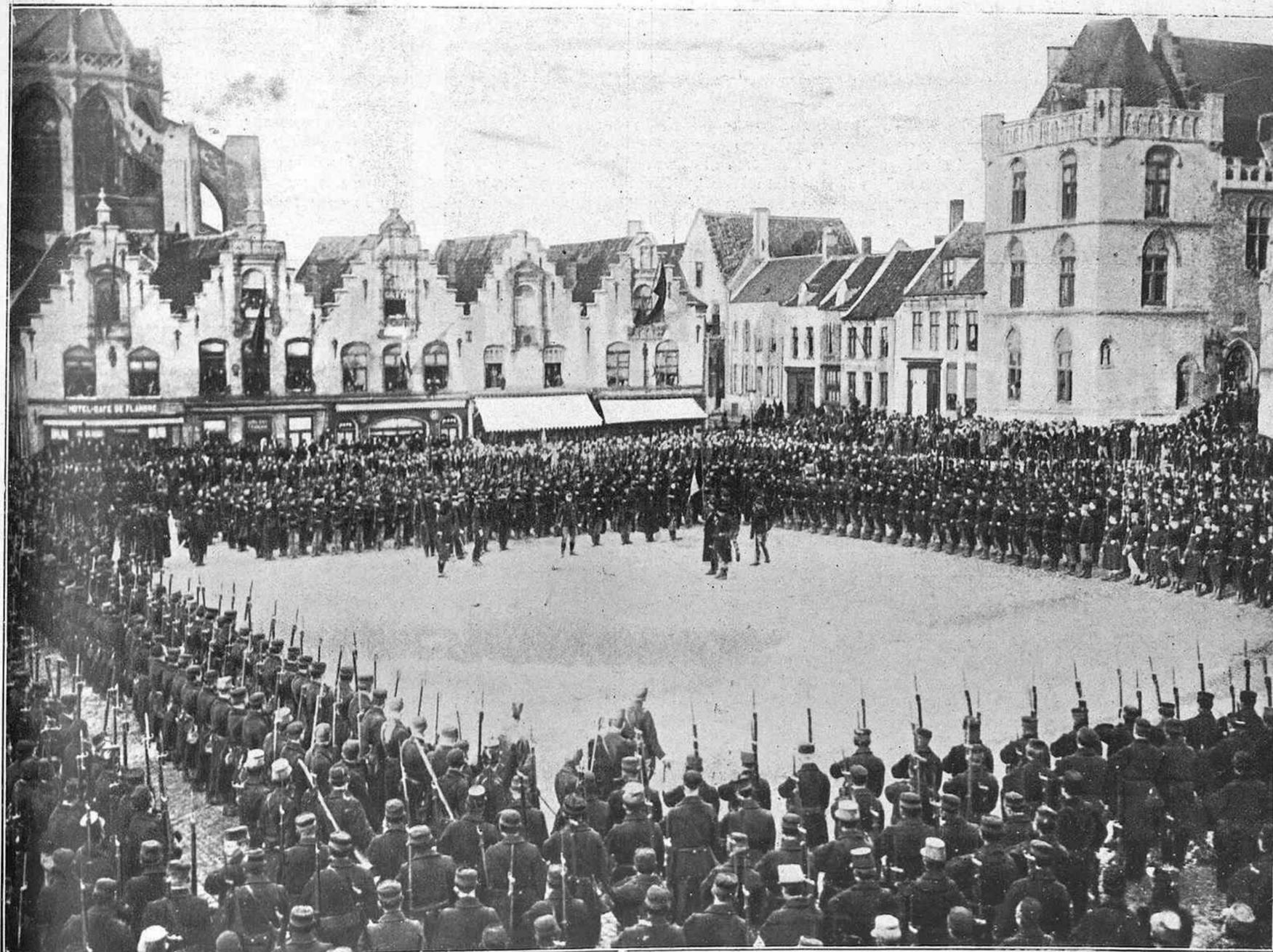
Barracas transportables de la Cruz Roja alemana construídas de madera y cartón y de instalación sumamente fácil y práctica. - El mecánico alemán Luickhard, condecorado con la Cruz de Hierro por haber reparado durante una batalla el *Zeppelin* en que iba, salvando así a toda la tripulación



Vista general de Jafa (Turquía Asiática) que ha sido recientemente bombardeada por los aliados



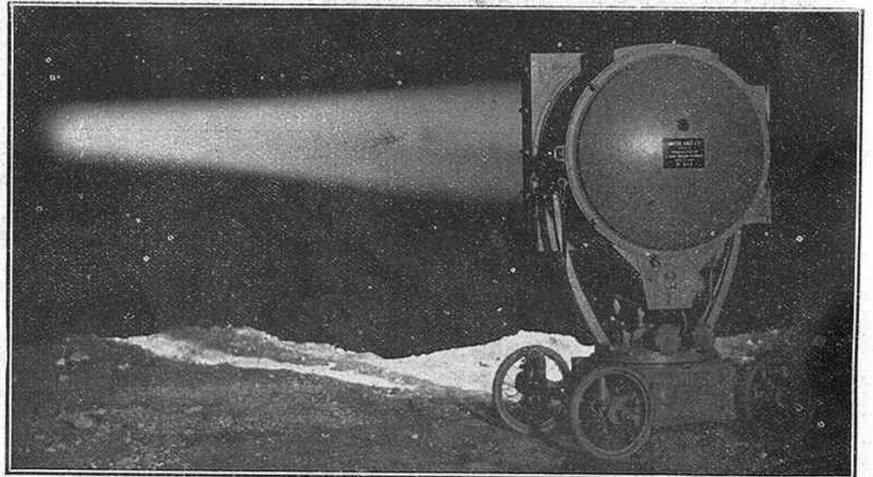
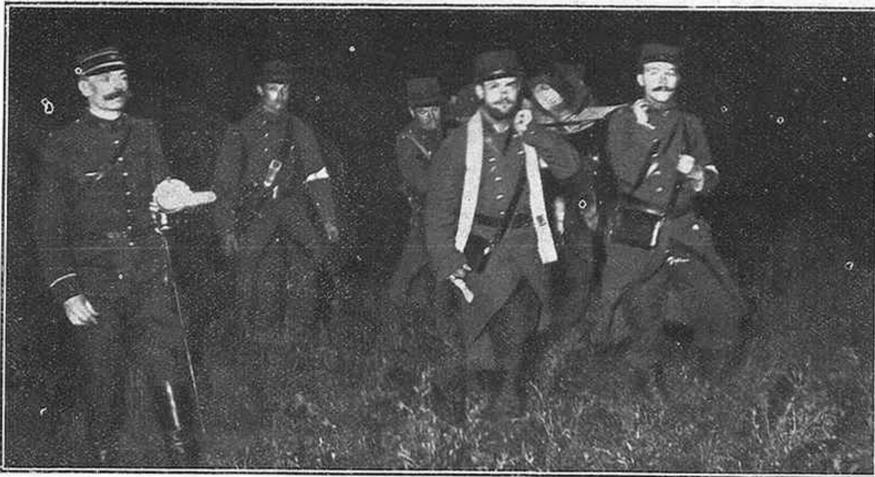
Damas de la Cruz Roja y sanitarios alemanes, prisioneros de guerra en Francia, de paso en Suiza para ser enviados a Alemania



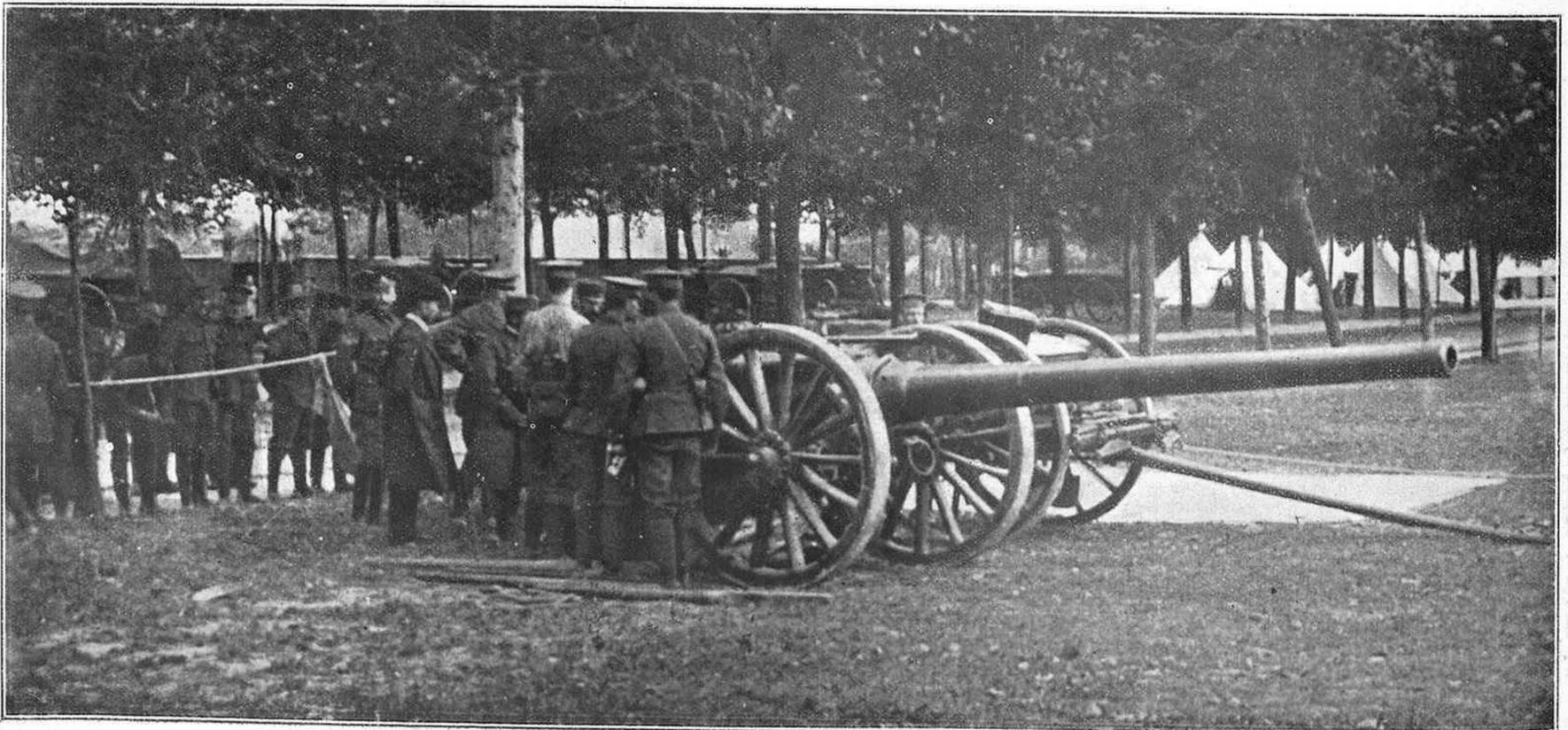
El Rey Alberto I de Bélgica imponiendo la Cruz de la Legión de Honor a la bandera de uno de sus regimientos



Las tristezas de la guerra. Regreso a la aldea después del éxodo ante la invasión enemiga.
Una pobre mujer contemplando desolada las ruinas de su vivienda destruída a consecuencia del bombardeo



En la línea de batalla. - Busca de heridos durante la noche con el auxilio de los reflectores. - Proyectores que funcionan de noche en las líneas francesas para vigilar los movimientos del enemigo



Batería de artillería pesada con cañones de largo alcance que ha llevado a Francia el ejército inglés. (De fotografías de M. Branger.)

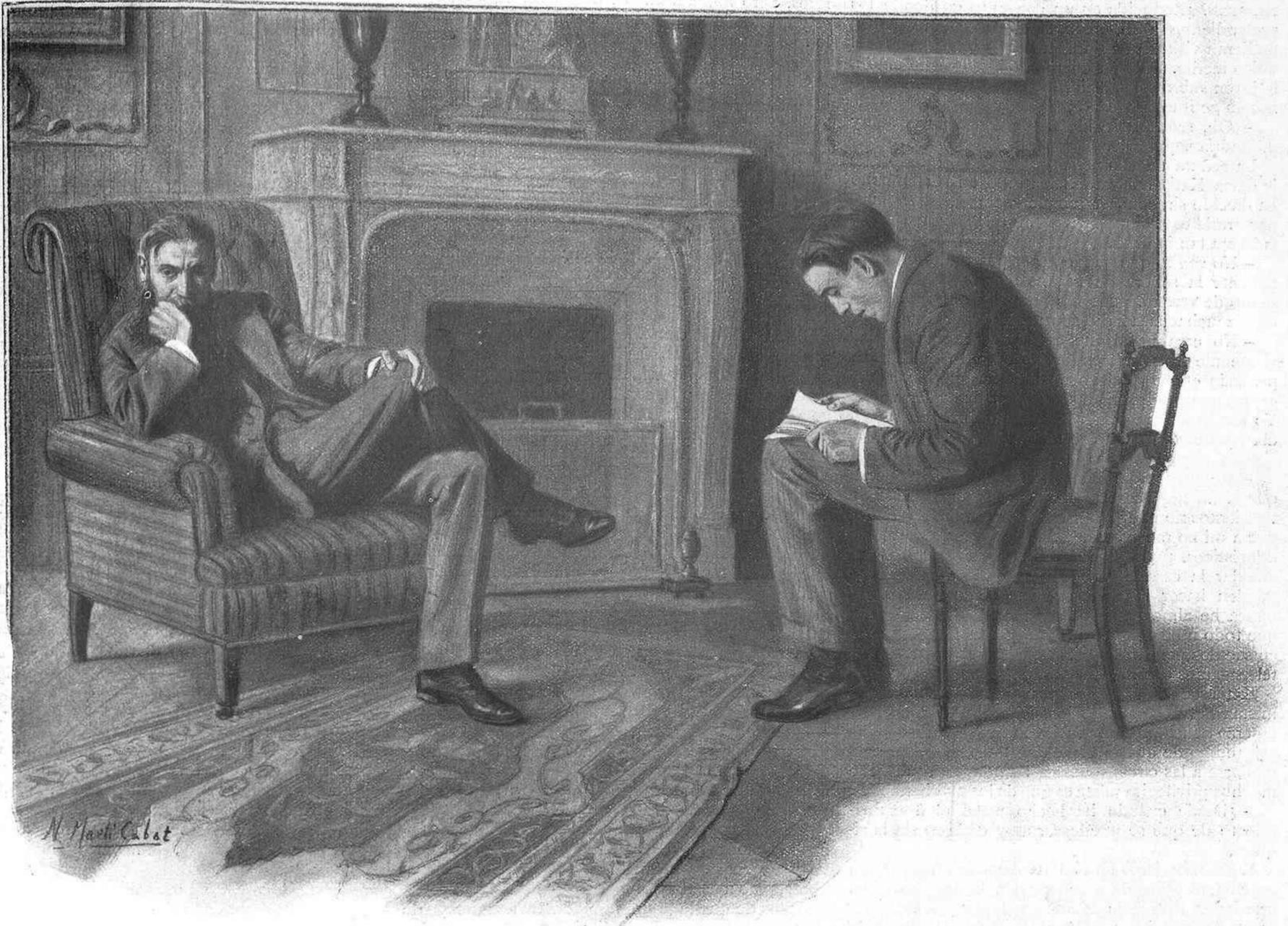
POR CASAR A SU HIJA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE N. MARTÍ CABOT. (CONTINUACIÓN.)

Katia aprovechó aquella ocasión para dar rienda suelta a sus lágrimas. Después de haberse ido Ratier hacía grandes esfuerzos para no llorar. Fue pues para

había logrado pervertir. No deberían dejarla salir sola, porque es usted muy bonita y no conoce usted la maldad de la gente. Eso se ve en seguida.

La vista de la señora de Haupelles produjo un efecto singular en la joven, que sintióse acometida repentinamente de una viva simpatía hacia aquel ros-



Hundido en el gran sillón, tan aniquilado que parecía sumergirse en la mullida tapicería del mueble, el coronel meditaba tristemente

ella un gran alivio el hallar una ocasión en que poder desahogarse. Su madre la riñó más aún, y entonces Katia, alegando un dolor muy fuerte de cabeza, se fué a acostar sin cenar.

Remisof estaba para llegar y entre la triste disyuntiva de que viera a Katia con los ojos encendidos de llorar o de que no la viera, la señora Slavsky prefería casi lo último. Sin embargo estaba indecisa. Entonces tuvo un rasgo de genio. Envió a buscar al coronel y pasaron la velada jugando al *whist*.

El día siguiente fué uno de los más importantes de aquel año, pues en él verificáronse graves acontecimientos. La señora Slavsky encolerizóse y despidió a la criada, incontinentemente, lo que obligó a las dos mujeres a hacerse ellas mismas el almuerzo. Katia bajó a la tienda del carnicero a comprar chuletas volviendo a subir en seguida.

Al entrar, su madre le dijo que mirara a ver si tenían vino en el armario, y como no había, Katia bajó corriendo, muy maravillada de sentirse tan ligera y tan alegre.

«Es increíble, iba pensando mientras estaba en la tienda, lo bien que hace el llorar de cuando en cuando. Lo que tenía yo era muchos nervios.»

Después de haber encargado el vino, Katia emprendió otra vez el camino de su casa, comprando al paso en un puesto de frutas y verduras una lechuga muy verde y muy fresca y un queso de nata.

— ¿No tiene madre, ángel mío?, preguntó la vendedora que era una buena mujer, muy sencilla y a la que el contacto diario con los criados del barrio no

Katia bajó la cabeza ante aquella reconvencción que no era para ella y se apresuró a regresar a su casa. La reflexión de la frutera la entristeció, pero ante la puerta de su casa se encontró con un carro de flores con grandes ramos de jacintos blancos y recobrando de pronto su alegría compró uno de ellos.

Estrechando contra su pecho el aromoso ramo y con las vituallas en la otra mano llegó falta de aliento a su casa.

— ¿Qué es todo eso que traes?, dijo su madre al verla tan cargada.

— Esto es nuestro almuerzo, dijo poniendo los comestibles sobre la mesa; y esto, añadió poniendo los jacintos en un jarrón, ¡es el mes de mayo!

Katia iba y venía tan alegre por la estancia, que su madre la hizo una observación rigurosa, pero justa.

— Ayer tan retraída y tan triste y hoy tan loca. ¡Qué caprichosa eres, Katia!

— Es que sería una cosa tan divertida ser pobre y servirse una a sí misma, mamá, respondió aturdidamente la muchacha.

— ¿Lo crees así? Pues yo no, respondió sabiamente su madre.

Después del almuerzo la señora Slavsky hizo que su hija y la señorita de compañía tomaran un coche de alquiler y fuesen directamente a la calle de la Universidad.

En cuanto hubo dicho su nombre, Katia fué introducida en el salón violeta, mientras que dejaron abandonada a miss Amroth a los placeres de la lectura en un saloncito.

tro descolorido, aquellos ojos apagados que chispearon con un rayo de bondad al fijarse en ella. La protectora de Katia sintió desde luego una inmensa piedad hacia aquella linda flor de juventud y de gracia crecida en un terreno tan malo y que estaba destinada a ser tan infeliz.

Al cabo de cinco minutos de conversación, la señora de Haupelles conocía a fondo a la joven. A pesar de la gran reserva de ésta al hablar de su madre, Blanca supo lo bastante acerca de aquella existencia aventurera y frívola, de hotel en hotel y de ciudad en ciudad, amargada por todas las humillaciones inevitables para los que carecen de dinero y quieren llevar una vida fastuosa; convenciéndose al mismo tiempo de que Katia, como le había dicho su madre, era una criatura inocente que había vivido en una atmósfera malsana sin contaminarse.

Mientras hacía hablar a la joven, menos tímida con aquella desconocida que con otras damas a quienes veía a menudo, la señora de Haupelles pensó que sería muy difícil casar convenientemente a aquella muchacha.

¿Cómo iba a presentársela a ninguno de aquellos jóvenes ambiciosos que quieren casarse por la mediación de importantes personajes, para que la protección de ellos los empuje en la vida, por la ley inevitable del primer servicio prestado? Ninguno querría unir su suerte a aquella muchacha que tenía todas las trazas de una aventurera, que sabía hacerse servir por mozos de café, que había visto todas las operetas, leído toda clase de libros que su madre no

trataba de ocultarla, y que no tenía en su favor más que su natural candor, que nada había podido destruir. En la primera entrevista surgiría en el acto el desacuerdo.

La señora de Haupelles comprendía perfectamente la facilidad con que se frustraban todos los proyectados casamientos de Catalina. A todos los atraía su belleza, su ingenuidad infantil; pero cuando empezaban a conocer a la madre, al visitar la casa asiduamente, todos sentían en seguida la imposibilidad de emparentar con aquella mujer.

La señora de Haupelles conocía lo suficiente el mundo para estar segura de que su amiga no cambiaría nunca de modo de ser. ¿Qué hacer con Katia entonces? ¿Reducirla en un convento en donde los pretendientes a su mano, si es que salían algunos, pudieran visitarla en el locutorio? Quizás fuese éste el único medio. Pero en cuanto le hubo dicho algo a la joven sobre este particular, ella, juntando las manos en actitud suplicante, replicó:

— ¡Oh, señora! No he estado nunca encerrada y no podría soportarlo.

La señora de Haupelles comprendió que lo que le decía Katia era verdad. Cuando un ser humano ha crecido sin conocer ningún género de disciplina, encerrarle es casi matarle. ¡Y en este asunto el resultado era tan incierto!

— No veo lo que puedo hacer por usted, dijo lentamente la señora de Haupelles, y créame que lo siento de verdad, pues me parece usted una excelente muchacha, añadió sonriendo débilmente.

— No crea usted que valga yo gran cosa, replicó vivamente Katia. No es que yo tenga toda la culpa, pero, sin embargo, si yo no hubiese querido... Hay gentes más desgraciadas que yo y que valen más... Yo me había imaginado hasta ahora que no se podía vivir dichoso si no se tenía dinero.

— ¿Y ahora?

— Me parece que no es tan necesario. Yo creo que si mi traje costase cincuenta francos en vez de trescientos no estaría por eso peor vestida. Es verdad que a mí no me gustaría hacer todos los quehaceres domésticos, pues no me gusta lavar los platos ni arreglar la casa...; pero con un poco de dinero se pueden hacer muchas cosas. ¡Cuando pienso que nunca he almorzado tan bien como esta mañana y que todo no ha costado más que tres francos y cinco sueldos para tres personas, mientras que en el hotel pagamos cuatro francos cada una!

Katia contó entonces a su protectora que ella misma había comprado los comestibles para el almuerzo aquella mañana, y la señora de Haupelles se sorprendió de que pudiese uno tan fácilmente acomodarse a las circunstancias. Pero la juventud tiene muchos privilegios y éste es uno de los más hermosos.

— ¿Desde cuándo ha hecho usted el descubrimiento de que se puede ser muy dichoso sin la riqueza?

Katia ruborizóse en el acto. Aquella pregunta tan sencilla, al obligarla a reflexionar, la hizo fijarse en que había sido bajo la influencia de Ratier; pero, cómo decirselo? Sin embargo, no había en ello nada de mal; mas desde que su amigo había hablado de Remisof temía hasta evocar su recuerdo.

Su nombre sólo despertaba en su alma tantos sufrimientos y humillaciones que hubiese querido registrar al olvido y, no obstante, sentía mucha gratitud hacia aquel joven desinteresado que le daba tan buenos consejos.

Todo esto no podía decirselo a la señora de Haupelles; por eso Katia se calló. Su improvisada protectora no insistió, temerosa de tocar algún punto delicado relativo a la señora Slavsky.

— Oiga usted lo que voy a proponerle, hija mía. Yo no estoy en estado, a causa de la existencia que llevo, ni de procurar las diversiones ni amistades útiles viviendo en esferas tan diferentes. Pero si alguna vez alguien la ofende o la hiere, si teme usted algún peligro o sospecha que va a cometer un error, venga usted en seguida a verme... Si he salido espere hasta que vuelva y yo le prometo no dejarla sin mi apoyo.

Con un gesto espontáneo, Katia llevóse a los labios la mano que le presentaba la señora de Haupelles y ésta inclinándose hacia ella, rápidamente, la abrazó con ternura.

— ¿Por qué se peina usted así?, preguntó a Katia cariñosamente. Esto le da a usted un aspecto que no me gusta.

— Me peinaré mañana de otro modo, respondió Katia sumisa.

Katia se fué y la señora de Haupelles, al contemplar en torno suyo su casa desierta y sombría y su alma dolorida y melancólica en la que no quedaban más que las espantosas ruinas de todo lo pasado, murmuró:

— ¡Ah! si yo hubiese tenido una hija como ésa, mi conciencia no tendría nada que reprocharme.

¡Casar a Catalina! De todos los problemas mundanos éste era el más arduo y el más complicado. Casar a una muchacha, por lo general, es una cosa ya de suyo harto difícil; pero cuanto esta dificultad primera se complica y agrava con otras, ¡ah!, entonces es casi imposible... La señora de Haupelles estuvo pensando en ello mucho tiempo sin hallar una solución.

«A esa pobre muchacha le haría falta uno de esos jóvenes como hay algunos que tienen una familia escasa y no han de dar cuenta a nadie de sus inclinaciones ni de sus actos, algo bohemios y aventureros, pero honrados...; sí, honrados, pues Katia lo es y un hombre malo la haría sufrir...», o conseguiría lo que el coronel y su madre no han podido conseguir: echarla a perder.»

Como ella no recibía a nadie en su casa habría que fiar su plan a la suerte, a ese misterioso y oculto destino que hace y deshace los casamientos.

La buena acogida de aquella mujer triste y bondadosa había llenado de una secreta alegría el corazón de Katia. Para ella era una cosa nueva aquella manera grave y enérgica de considerar la vida sin aquella ostentación de severos principios de que hacen gala muchos que no los cumplen jamás. Además un nuevo temor, hasta entonces desconocido para Katia, acababa de nacer en su alma, despertado por aquellas palabras de su protectora: «Si teme usted un peligro, si la ofenden...»

Estas palabras coincidían con las que la vispera le dijera Ratier, y si bien la llenaban de un vago terror, al mismo tiempo la idea de sentirse protegida le producía un delicioso placer. Además de tener por amigo al prosaico Ratier, contaba con aquel refugio en caso de una apremiante necesidad.

Katia volvió a su casa con el espíritu lleno de júbilo contenido y delicioso. Su madre acababa de entenderse con un restaurant vecino para que les llevaran la comida hasta que encontraran criada.

El coronel fué allí temprano como habían quedado él y Bárbara y recibió de manos de ésta nada más que seis mil francos, lo que significaba un gran sacrificio por parte de la señora Slavsky. El coronel no dejó de expresarle su agradecimiento con toda la exuberancia, enfática y verbosa de la gente de su país, y después pasaron al salón.

La señora Slavsky había invitado a su casa a dos o tres compatriotas de esos que se aburren siempre que viajan y buscan dónde poder pasar las veladas.

Cuando no esperaban más que a Remisof en calidad de invitado y todos los demás se las habían arreglado de modo de pasar la noche lo mejor posible, resonó de pronto en la antesala un formidable campanillazo.

Miss Amroth fué a abrir la puerta corriendo, pero no era Remisof el que llamaba, sino un caballero calvo y grueso, acompañado de una dama no menos obesa, pero más abundante de cabellera.

Antes de que la pobre irlandesa tuviera tiempo de salir de su sorpresa, los recién llegados estaban ya en el salón, donde fueron saludados con una batahola de risas y exclamaciones, capaces de ensordecer una colmena.

— ¡Cómo! ¿es usted, general?, preguntó la señora Slavsky alegre y confusa a la vez, pues debía tres mil rublos al general Tomine. ¿De dónde sale usted? ¿Y usted, condesa, cómo está aquí?

— ¡Calle usted!, repuso la condesa que conservaba todavía una voz juvenil y agradable, pero que tenía un acento bávaro muy pronunciado. Vengo de Ginebra y no pueden ustedes imaginarse lo mucho que he sufrido allí.

— ¿Por qué?, preguntaron los invitados, a coro.

La condesa poseía el privilegio de las aventuras inverosímiles y, sin embargo, verdaderas, según la máxima del inmortal autor del *Lutrin*; y uno de los mayores placeres de sus amigos era el hacérselas referir, a lo que ella se prestaba con mucha gracia.

— La condesa ha sufrido tanto, interrumpió el majestuoso Tomine, porque ha tenido una suerte muy mala en Saxón, de donde tuve que sacarla a viva fuerza, pues de lo contrario...

— Es usted un impertinente, interrumpió la condesa dando un abanicazo en los dedos del general. Ningún caballero debe alabarse de los favores que hace a las damas.

— ¿Qué le ha pasado a usted, condesa?, preguntó Katia mezclándose al grupo que rodeaba a los recién llegados.

— ¡Ah!, ¿eres tú, Katia? ¡Cómo!, ¿ya no te rizas el pelo por delante? Tan bien como te sentaba.

— Al contrario, me envejecía, repuso Katia maliciosamente, molesta por aquella observación que atraía sobre ella la atención general.

La condesa, que llevaba sus cabellos rubios rizados sobre la frente no pudo contener un movimiento de despecho.

— Cuente usted lo que le ha pasado, condesa, dijeron los que la rodeaban.

— Si ese es el deseo de ustedes voy a complacerlos. Figúrense ustedes que hace dos años al salir de Ouchy, donde había pasado tres meses, no sabía en dónde depositar mis efectos y mis muebles que procedían de mi madre.

— Sí, de su madre, dijo una voz burlona en el fondo de salón.

— ¡Ese es Ratier!, exclamó la condesa dando un salto en su sillón, no hay en el mundo nadie que pueda haberlo dicho más que él.

— Soy yo, en efecto, querida condesa, profirió Ratier avanzando hasta ella y saludándola con afectada galantería. Veo con gusto que el aire de los lagos no la ha hecho enflaquecer.

— Esa es una manera delicada de decirme que engordo. Vamos a ver, siéntese usted y escuche lo que voy a contar a estos señores.

La señora Slavsky vió con desagrado cómo el joven francés ocupaba la silla vacante al lado de su hija, que ella destinaba a Remisof. ¿Por qué se retrasaría tanto éste?

Cuando estaba pensando en esto, el retrasado hizo su entrada y Bárbara vió con una sorpresa inexplicable que Ratier, levantándose para cederle su silla, iba a colocarse en frente, de pie, cerca de la chimenea, desde donde abarcaba de una ojeada todo el comedor.

— Les decía a ustedes que no sabía en dónde dejar mis muebles. A mi salida de Ouchy pensaba pasar seis meses en Italia y estaba apuradísima sin saber qué partido tomar. El dueño de la villa que habitaba dióme entonces un consejo. ¡Miserable! Pero en el fondo él no tiene la culpa, como van ustedes a ver. Me dijo que en Ginebra había un local especial, una especie de *guardamuebles federal*, cuyo nombre he olvidado, y donde mediante una exigua retribución me guardaron todas mis cosas. Llevé pues mis baúles e hice embalar mis muebles, reuniendo entre todo diecisiete bultos que fueron transportados al guardamuebles después de haber pagado para mayor seguridad un año por adelantado, con lo que salí para Italia muy tranquila. Pero en vez de estar seis meses allí estuve dos años y al volver a Francia, hace unas cuantas semanas, antes de instalarme lo primero en que pensé fué en mis muebles.

— ¿Antes de tener una casa?, preguntó Remisof que no podía ver a la condesa y no lo disimulaba.

— Fuí pues a Ginebra y me informé de mis diecisiete bultos. Habían sido vendidos en pública subasta para pagar el importe del segundo año, que yo había olvidado por completo, lo confieso.

Un grito se elevó del seno de la asamblea.

La condesa, encantada de haber producido tanto efecto continuó su relato.

Francamente, a mí me pareció que había sido proceder con demasiado rigor vender veinte mil francos de efectos para cobrarlos cuatrocientos. Fuí a ver a un caballero que me dijeron que se encargaba de hacer reclamaciones de aquel género, y me prometió que si no me hacía recobrar mis bibelots, al menos lograría que me devolvieran los diecinueve mil seiscientos francos que debían quedar de la venta. Me hicieron entrar en una especie de recibimiento, y como yo soy observadora y la primera cosa que hago siempre en una habitación donde me aburro es examinar todo lo que me rodea, fijé mi atención en los cortinajes que adornaban las ventanas y puertas y que eran muy bonitos... Me pareció haberlos visto en alguna otra parte... Me acerqué y vi que eran los míos.

Los oyentes escuchaban estupefactos, pendientes de los labios de la condesa, menos Ratier que miraba con el rabillo del ojo a Remisof, que sin hacer tampoco caso de las palabras de la indignada dama, aprovechaba el rincón aislado que le tocara en suerte para deslizarse en el oído de Katia mil empalagosas necedades.

La linda muchacha, algo pálida, con los labios entreabiertos por una sonrisa fingida, esperaba llena de inquietud cada nueva frase de su insípido perseguidor. Su naturaleza franca y sincera odiaba el disimulo, por lo que le costaba mucho trabajo no rechazar rudamente a Remisof, y de cuando en cuando deslizaba una tímida mirada hacia Ratier y en su sonrisa encontraba la fuerza necesaria para seguir desempeñando su penoso papel.

La condesa, triunfante, recorrió con tranquila mirada todo el auditorio. El corpulento general Tomine escuchaba la relación de su amiga, con aire beatífico, mientras se roía las uñas, lo que crispaba los nervios de Ratier.

— ¿Qué hizo usted entonces?, preguntó la señora Slavsky.

— Lo que hice fué combinar un bello discurso para enternecer el corazón de aquel solapado funcionario. Estaba yo trazando mi perorata, cuando de pronto se abrió la puerta de un gabinete apareciéndose entre mis cortinajes un hombre flaco, serio, mesurado y austero, que parecía el honor y la dignidad personificados. Le conté mi marcha de Ouchy y el embalaje de mis muebles, cuando de pronto sonó a mis espaldas un reloj cuyo timbre me hizo estremecer... Me vuelvo, y lo primero que vi sobre la chimenea fué mi reloj con mis candelabros Luis XV... Confusa, bajé los ojos; en el suelo, delante de la chimenea, estaba mi galería de bronce dorado que hacía juego con los candelabros. Al ver aquello, no pude contener una exclamación.

» — ¿Qué le pasa a usted?, preguntó aquel sujeto.

» — ¡Ese es mi reloj, caballero!, exclamé pronta a llorar.

» — ¿De veras, señora?, me preguntó con una serenidad que me dejó atónita. Lo sentiría mucho por usted, pero ha de saber usted que esta guarnición de chimenea, así como los cortinajes que ha podido usted admirar en la habitación inmediata, los compré mi suegra en una venta que verificóse hace ya algún tiempo, regalándomelos después a mí.

» El discurso que había compuesto se me fué por completo de la imaginación. No sé lo que le dije, y aunque le hubiese dicho todo cuanto se me antojara no me hacía caso ninguno. Viendo que todo era inútil acabé por decirle:

» — Pues bien, caballero, se ve que después de pagados los gastos han obtenido ustedes un excedente muy considerable de la venta de mis muebles, pues yo no debía más que cuatrocientos francos.

» — Si desea usted saberlo puedo satisfacer su curiosidad, me respondió cogiendo un libro muy grande.

» Después de preguntarme mi nombre y apellido, puso el dedo sobre una columna de números.

» — La venta, dijo con esa tranquilidad que a mí me sacaba de quicio, ha producido dos mil ciento treinta y dos francos ochenta céntimos, de los que hay que deducir cuatrocientos sesenta y seis francos sesenta y seis céntimos por catorce meses de almacén más los gastos de la venta que han subido a...

» — Usted se chancea, caballero, le dije llena de indignación.

» — Yo no me chanco nunca, señora. Le corresponden a usted mil trescientos veintisiete francos diez céntimos que puede ir a cobrar a la caja de la administración presentando este papel.

» — Pero eso es un robo, exclamé; voy a llevarlos a ustedes a los Tribunales.

» — Lo perderá usted. Todo se ha hecho con la más estricta legalidad.

» ¿Qué había yo de hacer? Conocía hacía ya mucho tiempo a una revendedora dispuesta a ceder por un escaso beneficio los objetos que van a parar a sus manos y que forman legión todos los meses. Resolví ir a buscarla y le señalé algunos objetos que deseaba conseguir, entre ellos una tabaquera que el difunto rey de Baviera regaló a mi padre, en recompensa de servicios excepcionales y que tenía gran interés en que volviera a mis manos. Después de muchas pesquisas la encontré, pero me la vendían muy cara. No pude permitirme el lujo de adquirirla y por eso fui a Saxón con objeto de rescatarla, si la suerte me favorecía.

— Y allí lo perdí todo, añadió el general Tomine con su risa estrepitosa. Y si no es por mí se queda allí en rehenes.

— No; me hubiesen prestado el dinero necesario para mi viaje de regreso.

Mientras que interrogaban los demás a la condesa acerca de sus emociones durante todas aquellas variadas e interesantes peripecias, Ratier no había cesado de vigilar a Remisof que iba atreviéndose cada vez más. Como el salón no era un lugar propicio para dar rienda suelta a sus sentimientos naturales, Katia había contenido hasta entonces la cólera que la devoraba; pero sintiendo que ya no podía dominarse más, con el pretexto de que tenía que ocuparse del te, se fué al comedor. Discretamente, como un gato que trata de robar alguna golosina, Remisof entreabrió la puerta que acababa de cerrarse y deslizóse por ella en seguimiento de Katia.

«Estoy tranquilo, pensó Ratier, esto no va a durar mucho.»

Organizáronse las mesas de juego, adquiriendo la velada un aspecto animado y brillante. Había dos mesas de cuatro personas, una de tres y otra donde podían jugar cinco, guardando turno. Ratier organizó esta última, a despecho de toda verosimilitud, con el objeto de que no le acapararan, y para conseguirlo del todo propuso que se jugara más fuerte que en las

otras mesas, lo que fué aceptado con entusiasmo. Como era él el que distribuía las cartas, que indicaban el orden de los jugadores, compúsoselas de manera de ocupar el último turno, y entonces fué a mirar cómo jugaban las otras mesas, acercándose poco a poco a la puerta del comedor que le atraía invenciblemente. Hubiera dado la mitad de su vida por saber lo que pasaba dentro; pero Remisof por prudencia había bajado la voz y Katia tenía la garganta demasiado apretada y seca para hablar de otra suerte. Ratier volvió a la chimenea.

— La adoro a usted, decía el imbécil de Remisof, sin fijarse en el honrado rubor que coloreaba el rostro de Katia. Me gustaba usted más con los rizos sobre la frente, pero está usted siempre deliciosa. ¡La adoro a usted!

Katia iba y venía por el comedor preparando el te maquinalmente y buscando en lo más hondo de su ser el suficiente valor para pronunciar las palabras decisivas.

— Soy rico, muy rico, continuaba diciendo Remisof, sin sospechar la tempestad que iba cerniéndose sobre su cabeza. Pidame usted lo que quiera, que me faltará tiempo para complacerla. ¿Se fijó usted en el soberbio tronco de caballos que guiaba yo el otro día?.. Son mansos como borregos... Los voy a comprar para que usted los guíe.

— Caballero, dijo Katia muy pálida fijando en él sus bellas y claras pupilas dilatadas por el dolor y la cólera, ¿cuándo nos casamos?

Remisof sobresaltóse levemente. Esperaba aquella pregunta, pero no como una intimación sino en forma de súplica. Sin embargo, se repuso pronto con aquella serenidad mágica que es el privilegio más afortunado de la necesidad.

— Tenemos tiempo de pensar en eso, dijo sonriéndose. ¿Quién se ocupa en semejantes cosas cuando ama?... Yo no quiero saber más sino si usted me adora como yo.

— ¿Tiene usted la intención de casarse conmigo, sí o no?, preguntó Katia no creyendo aún que aquel hombre fuese tan infame que no quisiese tomarla más que como un simple entretenimiento.

— Por ahora le confieso a usted que no. Más tarde... veremos.

Remisof, en el fondo, no era malo. Era más bien una de esas naturalezas pervertidas por la sociedad, llena de vicios y de corrupción, que existen en todas las grandes capitales. Como otros muchos que tienen más tontería que maldad, aparentaba ser más vicioso de lo que realmente era. Al ver fruncirse el entrecejo de Katia y el temblor convulsivo que agitaba sus labios, añadió después de un momento de vacilación:

— Fíjese usted en la sinceridad de mis palabras. Otro hubiera sido menos franco que yo.

— ¡Hubiera usted sido cobarde dos veces!, le arrojó Katia al rostro en voz baja, pero con increíble energía. Le basta a usted serlo una vez.

Remisof, que empezaba a sentirse en una situación algo apurada pues no le gustaban las tragedias, intentó emplear algunos paliativos; pero todos eran inútiles ante el estado de profunda indignación en que se hallaba Katia.

— ¡Salga usted de aquí!, dijo con el acento del más profundo desprecio, ¡salga usted! No sabe usted ni retirarse decorosamente siquiera.

Más ofendido ante aquel sarcasmo que por el epíteto que acababan de aplicarle, Remisof abrió la puerta sin observar el menor disimulo y volvió a entrar en el salón.

Ratier, que continuaba en su sitio, comprendió en el acto que todo había pasado como él se lo imaginara. Al ver a Catalina, de pie, pálida y severa en el comedor sintió un agudo pesar, pero por el momento nada podía hacer en su favor. Contentóse con no perder de vista a Remisof. Este, después de haber parpadeado un instante en medio del salón resplandeciente de luz, al salir del comedor que casi estaba a oscuras, cogió su sombrero y se dirigió hacia la puerta.

— ¿Qué hace usted, Remisof?, preguntó la señora Slavsky, tan turbada que se olvidó de marcar sus puntos.

— Tengo dolor de cabeza y me voy a acostar, dijo el joven vencido, saludando con indolente gesto, y se retiró.

La señora Slavsky hubiese querido averiguar qué era lo que había motivado el dolor de cabeza de Remisof; pero pensó que todo ello no pasaría de ser una riña de enamorados y, con objeto de tranquilizarse, marcó el doble de los puntos que había dejado pasar.

Katia sirvió el te a todos los invitados. Estaba aún pálida, pero no había en sus ojos huellas de lágrimas. Ratier intentó en vano descubrir en su rostro lo que pasaba en su alma. Ella evitó sus miradas

hábilmente, sabiendo conservar un aspecto sereno y tranquilo.

La velada transcurrió, como de costumbre, anodina y vulgar. La señora Slavsky, a pesar de su precaución de marcar los puntos en doble, perdió mucho, a medias con el coronel, que era su compañero de juego. Como la suma que acababa de perder no era ninguna insignificancia, se puso todavía de más mal humor.

Para coronar su mala suerte, Josia apareció a eso de las once muy asustado y solicitó hablar en el acto con el coronel.

Desde la instalación de la señora Slavsky en su nuevo domicilio, Josia había sido tácitamente desterrado de aquel edén alquilado. La buena señora había olfateado el amor ingenuo y abnegado del rubio secretario hacia su hija, sintiendo por ello un hondo disgusto. ¿Por qué? Es lo que nadie sabe.

Josia no tenía el aspecto de un seductor y cualquiera otra madre le hubiese confiado su hija sin desconfianza de ningún género; pero Madama Slavsky tenía las ideas muy elevadas y le disgustaba el amor de aquel mozo pobretón y obscuro, dando al olvido que los antepasados de Josia habían sido reyes de Polonia y eran por lo tanto mucho más ilustres y linajudos que los suyos. Pero Josia era pobre y ocupaba una posición subalterna; lo poco que poseía se lo había comido el coronel que no tenía sobre qué caerse muerto. Josia por lo tanto era un ser despreciable para ella, y su humilde amor le repugnaba bastante.

— ¿Qué se le ofrece a usted?, preguntó bruscamente la amable Bárbara con el tono menos amable posible.

— Es de una absoluta necesidad que hable en seguida con el coronel, repitió Josia con insistencia y muy afligido el semblante.

— Ahí le tiene usted, gruñó la señora Slavsky indicándole la mesa de juego donde el coronel calculaba tristemente lo que acababa de perder.

Josia acercóse a él con esa deferencia que no le abandonaba nunca delante de su jefe.

— Han traído esta carta al hotel, dijo, como estaba abierta y venía dirigida al coronel Marievitch o en su ausencia a su secretario, me he tomado la libertad de leerla.

El coronel frunció el entrecejo porque aquella carta no le presagiaba nada bueno. La sacó del sobre abierto y la leyó lentamente en voz baja.

«Mi querido coronel, así rezaba aquella carta funesta: ya recordará usted que hace unos meses tuve el gusto de prestarle cinco mil francos para completar una deuda de juego, si no mienten mis recuerdos. Hoy me encuentro en la misma situación que usted aquel día, con la diferencia de que mi acreedor se ha trocado de pronto en mi mortal enemigo, de modo que si no puede devolverme esa suma no me queda más remedio que pegarme un tiro.»

Firmaba un amigo del coronel.

Muy amigo suyo tenía que ser para haberle prestado cinco mil francos. Pero era joven, demasiado joven, *green* como dicen los ingleses, verde como las manzanas que no han madurado aún.

— ¿Quién ha traído esta carta?, preguntó el coronel sin desconcertarse, pues sabía dominarse mucho siempre que estaba en sociedad.

— Un criado... ya bastante viejo.

— Sí, le conozco, es el ayuda de cámara de su padre; un hombre de su mayor confianza.

— Está en el hotel esperando la respuesta.

— ¿Le has entregado lo que pide?, preguntó el coronel levantando hacia él su noble frente.

Josia retrocedió asustado, sintiendo la conmoción interior de un hombre que ve volverse loco a su mejor amigo. El coronel no estaba loco, pero entraba en sus hábitos el no dejarse amilanar por las dificultades más grandes de la vida.

— ¿Cómo quiere usted que se la haya dado, si no poseo esa suma?, le contestó.

El coronel hizo un gesto con la mano como para repeler aquella frase, que era inútil y desagradable a la vez. Todo aquello no lo había dicho más que para ganar tiempo y poder reflexionar. Pero la reflexión en aquel caso era ociosa y baldía. No le quedaba más remedio que pagar inmediatamente so pena de no poder pasar por el bulevar ni de noche ni de día. Sacó, pues, su cartera y tomó de ella cinco de los seis billetes que acababa de entregarle Bárbara y los tendió majestuosamente a su secretario, tan estupefacto, que no se atrevía a tocarlos.

— Asegúrate bien, Josia, de que ese hombre es el viejo ayuda de cámara de su padre, pídele su nombre y sus señas. Se llama Cayetano y debe vivir en la calle Monte Thabor. Haz que te extienda un recibo.

(Se continuará.)



Madrid. — El eminente actor Enrique Borrás en una escena de *Los semidioses*, tragicomedia en tres actos de Federico Oliver, estrenada con gran éxito en el Teatro Español. (De fotografía de Santandreu-Vassallo.)

MADRID. — ESTRENO DE «LOS SEMIDIOSES»

En el Teatro Español se ha estrenado con muy buen éxito una tragicomedia en tres actos titulada *Los semidioses*, original del celebrado dramaturgo Federico Oliver.

Es una enérgica diatriba y al mismo tiempo una afortunada



Estatua de la época romana recientemente encontrada en las excavaciones que se están efectuando en la plaza Colonna, de Roma. (De fotografía de Carlos Abeniácar.)

sátira contra la invasión de la tauromaquia que se padece en España, o por lo menos en una buena parte de ella, consumiendo y distrayendo otras energías. Contra esta invasión cierra valientemente el Sr. Oliver, sin eufemismos ni complacencias, entrelazando hábilmente con el nervio de la obra todos los grandes problemas nacionales: la emigración, el analfabetismo, la crisis del proletariado andaluz y hasta el recuerdo de nuestros desastres coloniales.

La obra del Sr. Oliver tiene una parte de sainete, la que se desarrolla en la barbería de Antonio Molino, de Sevilla, tauromáfilo fanático, adonde acuden numerosos aficionados, que son otros tantos tipos magistralmente trazados por el autor; y una parte dramática, y aun trágica, que es la que constituye la ac-

ción principal y termina con la muerte de Juan, el hijo del barbero, que muere abandonado ante el egoísmo y la indiferencia de su padre y de su hermano, que en aquellos momentos se dirigen tranquilamente a la plaza. Y mientras el desdichado, en sus alucinaciones de enfermo, cree entrever una España resurgente, la alegre música de la charanga que escolta al fenómeno rompe en un pasacalle torero y triunfal.

Enrique Borrás rayó a gran altura en toda la obra y sobre todo en la escena final, justificando plenamente la ovación que le tributó el público. Las señoras Cobefia, Muñoz, Cantalapiedra, Catalá, Rodríguez y Las Heras, y los señores Ramírez y Tatay estuvieron muy acertados en sus respectivos papeles.

El Sr. Oliver fué calurosamente aplaudido y hubo de presentarse varias veces en el palco escénico.

ESTATUA RECIENTEMENTE DESCUBIERTA EN ROMA

La plaza Colonna, de Roma, y sus alrededores son uno de los puntos en donde más se desarrolló, especialmente a partir de la época imperial, la vida romana con su fausto y su esplendor.

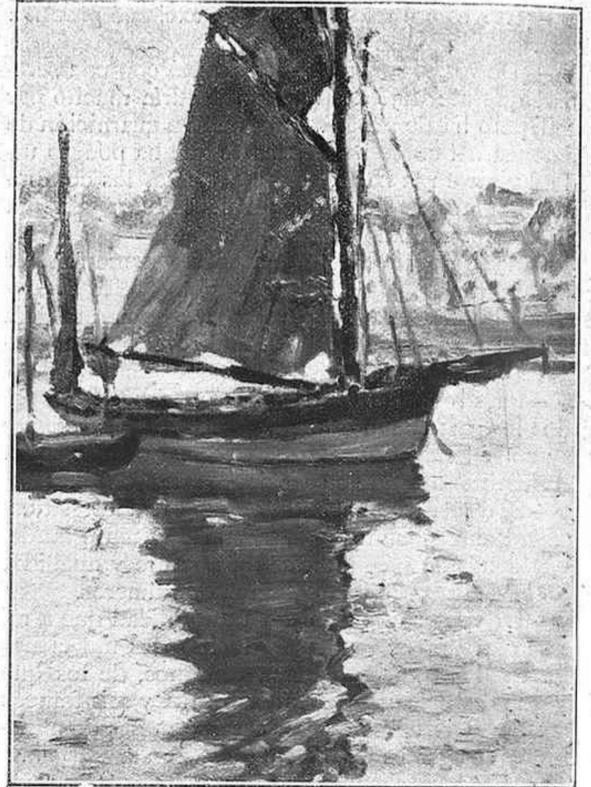
La columna y el templo de Marco Aurelio, la columna desaparecida del divino Antonino, el *ustrinum*, los pórticos de Agripa, los de los Argonautas, el templo de Marciana, el de Matidia, el colosal de Neptuno, hoy palacio de la Bolsa, la *aurea pacis augusteae* y tantos otros monumentos que podrían citarse, constituyen la riqueza de una región que se extendía desde el *saepta julia* (plaza de San Marcos) al Jesús, a la Minerva y a San Lorenzo de Lucina y que ofrecía a los ciudadanos una serie de maravillas marmóreas que en cierto modo podían competir con el gigantesco conjunto de los foros imperiales o con el prodigio de los prodigios del Foro romano.

excavaciones se encontrarían otras pilastras del mismo pórtico y probablemente también importados restos del tiempo antiguo.

En el punto a que han llegado hasta ahora las excavaciones faltan todavía tres metros para llegar al plano antiguo; sin embargo, en el plano de encima de éste, que corresponde a la época medioeval, se ha encontrado recientemente una estatua perteneciente a la época romana.

Esta estatua, que el adjunto grabado reproduce, es de una mujer, tiene un carácter ornamental y faltan en ella la cabeza y los brazos. Según parece, estaba colocada en un nicho y con las manos sujetaba una serpiente a la que daba de beber en una copa. Probablemente era un símbolo de la medicina o de la eternidad.

No tiene en sí misma extraordinario valor artístico y es casi seguro que en la Edad Media debió haber sido encontrada en el mismo sitio en donde ahora ha sido descubierta. Su descubrimiento permite esperar que se encontrarán otras esculturas más importantes cuando se efectúen las excavaciones, sea en el desenterrado palacio Piombino, sea en el terreno del palacio Bonaccorsi que ha de ser demolido.



Barco de pesca, cuadro de Harry B. Lachman, que recientemente ha expuesto una notable colección de sus obras en el Salón Lacoste, de Madrid. (De fotografía de Asenjo.)

UN CUADRO DE LACHMAN

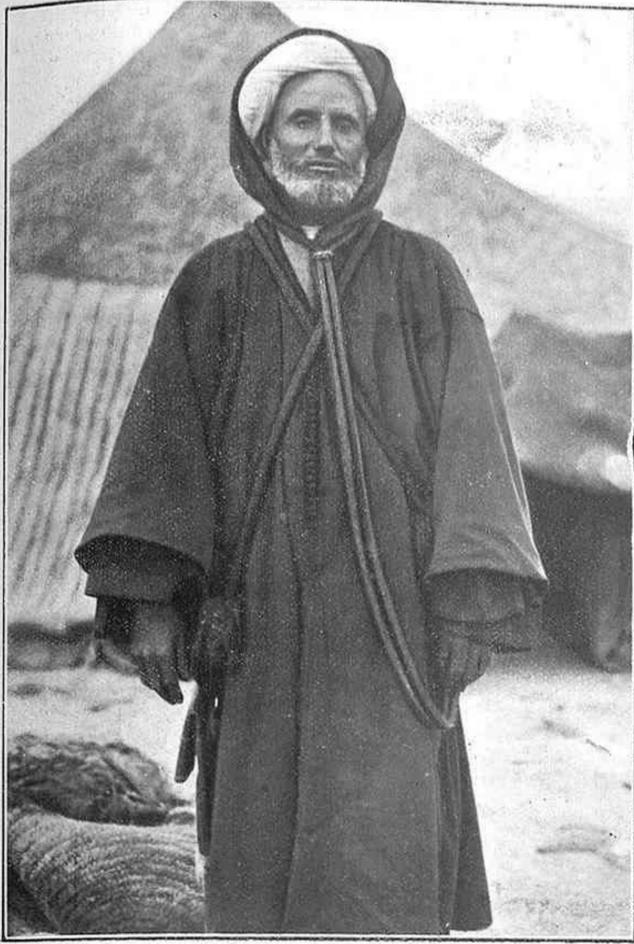
En el Salón Lacoste, de Madrid, el reputado artista norteamericano Enrique Lachman ha expuesto una serie de cuarenta y cinco estudios y apuntes sobre temas de Toledo, Granada, Bretaña, París, el Delfinado y Venecia. Son en su mayoría paisajes, marinas y vistas de edificios, monumentos o sitios notables, y en todos ellos se advierten una gran sinceridad y una acertada observación del natural. El artista ha sabido



Berlín.—Servicio organizado para recoger periódicos, folletos, revistas, libros, etc., con destino a los hospitales y para uso de los heridos. En pocos días se recogieron para este objeto más de 250.000. (Fot. Berliner Illustrations-Gesellschaft.)

Debajo del palacio Piombino, hoy desaparecido, veíanse ya dos pilastras del pórtico de Agripa que se extendía hasta la plaza Sicarra y sabíase, por consiguiente, que en las actuales

sentir hondamente lo que ha visto y trasladarlo a la tela con la misma fuerza con que él lo ha percibido, según puede verse en el estudio que adjunto reproducimos.



El suboficial de la policía indígena Abd-al-lal, la boda de cuyo hijo se ha efectuado recientemente

hijo de Abd-al-lal, suboficial de la policía indígena. Abd-al-lal fué un temible enemigo de la civilización europea, y los franceses pusieron precio a su cabeza; hoy es un buen amigo de los

MELILLA. - COSTUMBRES MORAS. CASAMIENTO DEL HIJO DE UN MORO NOTABLE



Danzas moras. Los moros, colocados en fila, avanzan y retroceden cantando con pasos rítmicos para disparar sus fusiles contra el suelo

Hace pocos días, se ha celebrado en el campo de Melilla la boda de un morito de una cabila adicta a España, niño de trece años,

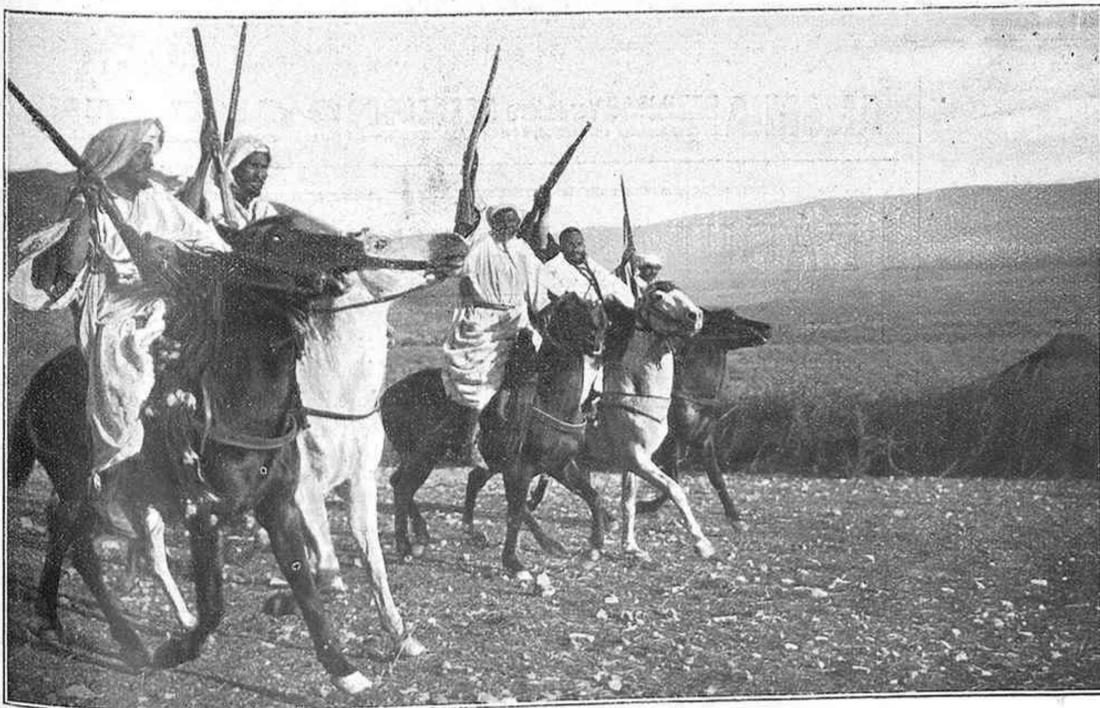
españoles y ha prestado importantes servicios cooperando a nuestra acción militar en Marruecos. Como muestra de deferencia a nuestras tropas, invitó a la boda de su hijo a los oficiales de la primera y segunda más.

La ceremonia de la boda en Marruecos reviste un carácter en extremo pintoresco. El día fijado para trasladar la prometida a casa del marido, se reúnen todas las amigas, yendo la novia metida en una especie de pirámide cuadrangular llamada *ambaria* muy adornada con telas, fajas y pañuelos de seda y colocada en una mula lujosamente enjaezada. Preceden a esta comitiva un número considerable de moros armados de fusiles haciendo continuos disparos, que acompañan con destempladas voces.

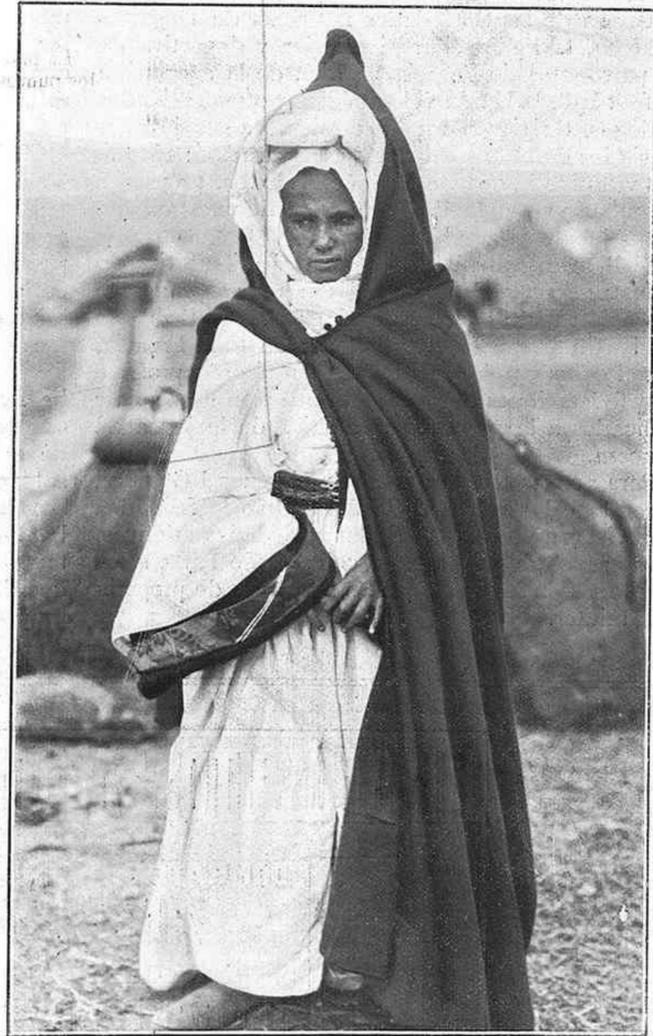
Así como los hombres exteriorizan su regocijo corriendo la pólvora y ejecutando notables fantasías a caballo, las mujeres se asocian a la fiesta con cantos y danzas, en las que también toman parte los hombres. Las danzas consisten en movimientos acompasados y rítmicos que ejecutan



Las fracciones de la cabila dirigiéndose a la jaima del moro



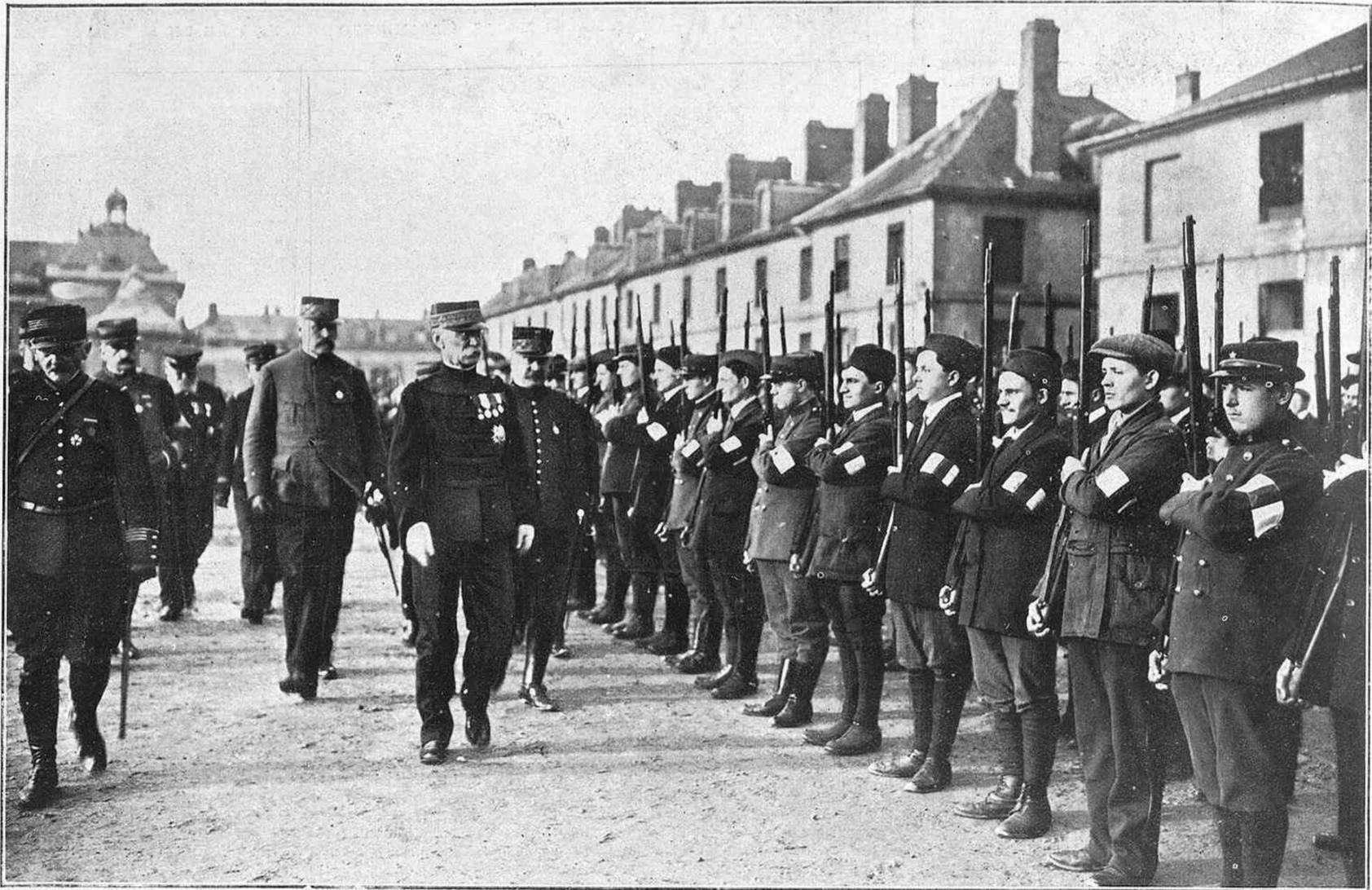
Moros corriendo la pólvora. (De fotografías de Lázaro.)



El novio. El hijo de Abd-al-lal, niño de trece años que se ha casado con una morita de doce, engalanado con sus mejores ropas

cogidos de las manos, puestos los bailarines en hilera y avanzando y retrocediendo lentamente, mientras otros hombres y mujeres acompañan el baile con pandeteras y otros instrumentos musicales. Las fiestas duran varios días y a ellas no concurre el novio, que debe permanecer en su jaima ocho días.

Como prueba de la extensión que va alcanzando la influencia española, citaremos el hecho de haber asistido a la boda del hijo de Abd-al-lal el moro El Ergui, en otro tiempo terrible bandolero que no respetó vidas ni haciendas y al cual nadie se atrevió a atacar de frente ni a prepararle una emboscada. Actualmente El Ergui pertenece a la policía indígena, en la que presta excelentes servicios.



La guerra europea. En París. — El general Gallieni revistando las sociedades de preparación militar. (De fotografía de Rol.)

Hace algunas semanas, la Federación deportiva, la Unión de las Sociedades francesas de Deportes atléticos, la Federación gimnástica y deportiva de los patronatos de Francia, la Liga de la asociación de foot-ball, la Unión velocipédica y otras entidades análogas, dirigieron un llamamiento a sus jóvenes asociados en el que les decían, en resumen: «Mientras vuestros hermanos mayores se batan, preparaos a combatir reanudando la práctica de vuestros violentos juegos al aire libre.»

El llamamiento fué atendido y al mismo tiempo la instrucción pública formulaba un programa de educación física y encomendaba al barón Pedro de Conbertin la misión de provocar en toda Francia, con el concurso de los rectores, provisosores, profesores y federaciones deportivas, la creación de comités dedicados a la preparación atlética de la juventud francesa.

Para apoyar este movimiento, el general Gallieni, general de los ejércitos de París, tuvo la feliz idea de revistar a los jóvenes de las sociedades atléticas, a los grupos de los liceos y colegios de París, a los batallones de *boy-scouts* y a las secciones de preparación militar.

La revista, que fué un espectáculo hermoso y conmovedor, celebróse en el patio de la Escuela militar, en donde se hallaban formados la música, las cornetas y los tambores de la guardia, la juventud atlética de los liceos de París, las secciones de preparación militar, los batallones de *boy-scouts* y los escuadrones de los ciclistas estafetas de la Unión Velocipédica de Francia.

El general Gallieni, cuya llegada fué acogida a los acordes de la *Marsellesa*, se hizo presentar a los representantes de las federaciones que tomaban parte en la ceremonia y después de pasar la revista presenció el desfile, que se efectuó mientras la música tocaba la *Marcha de Sambre-y-Mosa*.

«¡Qué altivez animaba a aquella juventud! — escribe *Le Figaro*. — Mostrábase envanecida del honor que se le dispensaba y en sus rostros, temblorosos de emoción, adivinábase que tenían prisa por ser soldados de verdad.

»Cuanto presenciábamos aquel espectáculo estábamos más emocionados que ellos, o por lo menos tanto como ellos. Y cuando pasaron moviendo con decisión las piernas flexibles y nervudas, de nuestros grupos y de la multitud, que hasta entonces había-

mos guardado un silencio de opresión patriótica, estallaron aplausos y aclamaciones.»

Después de la revista, el general Gallieni dirigió a aquellas tropas juveniles la siguiente orden del día: «Acaban de serme presentados las sociedades de preparación militar y los grupos de educación física de los liceos y colegios de París.

»Infantes, ciclistas, exploradores de Francia han maniobrado en mi presencia; son disciplinados e instruidos y se han puesto voluntariamente a la disposición de la autoridad militar.

»Yo los felicito y doy las gracias a los hombres abnegados que los instruyen.

»Muy pronto muchos de ellos podrán entrar en campaña; los demás están aquí, impacientes también por correr al campo de batalla y combatir hasta el triunfo definitivo de los ejércitos franceses.

»Es preciso que el Alemán sepa que detrás de los soldados del general Joffre hay otros, jóvenes o viejos, que están dispuestos a reunirse con aquéllos, a cumplir como ellos gozosamente su deber y a completar con ellos la victoria de Francia.»

Esta orden del día fué leída, al día siguiente, en todos los colegios, escuelas y liceos de París.

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE **ANEMIA**

ESCROFULISMO

NEURASTENIA

INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, París.

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á **D. Teodoro Llorente**, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de **Gustavo Doré**. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.